

FBI

CARNADA PARA TIBURONES

**HENRY
KEYSTONE**





© Henry Keystone

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Pinto (Madrid)
España

Printed in Spain.

D. L. M. 26.218-1973

ISBN 84-04-01776-X

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

HENRY KEYSTONE

CARNADA PARA TIBURONES

Primera edición.

EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Pinto (Madrid)

España

CAPÍTULO I

La tierra quemaba

LOS siete hombres avanzaban bajo un cielo de cobre, siguiendo una senda áspera y llena de piedras, que serpenteaba a través de descarnadas colinas que parecían formar parte de un paisaje lunar.

Destrozados, llenos de polvo hasta los ojos, aquellos siete hombres seguían caminando hora tras hora, maldiciendo el polvo, la tierra ardiente, el calor y la maldita arena.

Caminaban silenciosamente, soportando el sol; con las camisas rígidas por el sudor y el polvo, con las espaldas encorvadas bajo el peso de los voluminosos macutos de lona.

Uno de aquellos hombres tropezó en una raíz y cayó de bruces.

Abrió la boca para lanzar una maldición y el polvo le llegó hasta la garganta.

Ninguno de sus compañeros se detuvo para prestarle ayuda, a pesar de que tres de ellos pasaron por el lado del caído, lanzando contra su rostro más polvo y pequeñas piedras.

El hombre se levantó solo y reanudó la marcha, mientras sus dientes trituraban pequeños granos de tierra.

La consigna recibida era seguir adelante, solo y sin contar con la ayuda de nadie.

Y los siete hombres seguían adelante, con las espaldas encorvadas por el peso, por el cansancio y por el sueño.

Pero continuaban caminando.

Durante cinco días habían soportado todo cuanto puede soportarse.

Habían caminado por barrizales y se habían hundido en ciénagas; escalaron rojos farallones y atravesaron ríos y torrentes.

Habían luchado en silencio, por sorpresa y empleando toda clase de tretas.

Durmieron en el suelo, bajo los árboles o sobre tierras húmedas, destrozados por el cansancio y con los músculos agarrotados por el constante esfuerzo.

Aquellos siete hombres soportaban toda clase de calamidades por dinero.

Sabían que aquellas cinco jornadas endiabladas, formaban parte de un ejercicio al que alguien había llamado de «selección».

Y así había sido, porque cinco días antes, el grupo de individuos estaba formado por veinte hombres.

Los trece que faltaban se habían ido quedando por el camino.

De los trece, cuatro habían muerto.

Al iniciar el ejercicio de selección, el hombre que los había contratado dijo a modo de advertencia, que la selección sería extremadamente dura y que tendrían que soportar toda clase de pruebas, incluso las de fuego real, hecho con armas automáticas y que también se verían obligados a pasar por campos minados.

Aquellos cuatro hombres creyeron que se trataba de una broma y cuando una ráfaga de pistola ametralladora destrozó las ramas de unos árboles cerca de sus cabezas ellos se limitaron a sonreír burlonamente al ver cómo sus compañeros se lanzaban de bruces sobre el barro.

La segunda ráfaga acabó con los cuatro... y les dio la oportunidad de tener toda una eternidad para pensar que se habían equivocado, al pensar que la advertencia era solamente una broma.

Otro de los hombres contratados pisó una mina y saltó por el aire con una pierna destrozada.

No murió, pero sus compañeros no daban un centavo por su pellejo.

Otros no pudieron resistir el endiablado peso de los macutos, ni las constantes penalidades de aquella salvaje marcha a través de terrenos intransitables.

Terrenos que iban desde el barro y las ciénagas hasta las rocas desnudas y el desierto de arena.

De los veinte hombres que habían iniciado la marcha, solamente

siete seguían caminando.

Los siete mejores.

Los más duros.

Los más salvajes.

De aquellos siete hombres, tres eran soldados profesionales; mercenarios que habían luchado en Katanga.

Otros dos eran desertores del ejército americano en Vietnam.

No eran cobardes ni escapaban de la lucha, pero habían asesinado a un pagador del ejército y desertaron para no tener que ajustar cuentas con la justicia militar.

El sexto era un asesino profesional.

Después de disparar contra un ministro de una república suramericana, tuvo serias complicaciones y huyó sin detenerse a recoger su equipaje.

El séptimo era un aventurero.

Un hombre que amaba la aventura... y el dinero.

Aquellos siete hombres carecían de nombres, de domicilios e incluso de familia.

Tenían sus nombres de guerra y por ellos se conocían. Ninguno hacía preguntas y cada uno de ellos parecía preocuparse por sus propios asuntos, pero después de aquellos cinco infernales días, la camaradería empezaba a nacer entre ellos.

El primero de los siete se detuvo bruscamente y los otros hicieron lo mismo, pero ninguno preguntó nada.

—El mar —dijo solamente el que iba en cabeza.

Estamos llegando.

—Aún faltan las últimas jornadas.

—Vamos —dijo solamente el que iba en cabeza.

Se pusieron nuevamente en movimiento y a medida que avanzaban, hasta ellos llegaba con más claridad el rumor de las olas del mar.

—Allí está —dijo el hombre que iba en cabeza, cuando coronaron la cima de una pequeña colina.

Allí, ante ellos y a menos de una milla, estaba el mar.

—Las alambradas indicó uno de aquellos hombres.

Su nombre de guerra era Max y había sido oficial en Katanga, donde luchó contra las tropas de la ONU.

—Hemos llegado a la hora exacta —comentó el individuo que

durante las últimas millas había caminado al frente del grupo.

Era conocido con el nombre de Joe y era el asesino profesional.

—¿Vamos a seguir adelante? —preguntó otro de los mercenarios de Katanga, que usaba el nombre de Bill.

—Sí —contestó Joe.

—¿Qué se propone el tipo que nos contrató...? —preguntó Art, que era uno de los desertores del ejército de los Estados Unidos.

—Esto es peor que el Vietnam —comentó el otro desertor, que se hacía llamar Rod.

—No me importa lo que se propone; a mí me pagan y esto es suficiente —gruñó Joe.

—He conocido cosas peores —comentó Dan, que era el hombre que amaba la aventura... y el dinero.

—En Katanga, las cosas no eran mucho mejores —dijo el tercer mercenario llamado Jug.

—Adelante —ordenó Joe reanudando la marcha.

Poco después se hallaban ante la primera alambrada, lo que les obligó a detenerse.

—De acuerdo con las instrucciones, las dos primeras alambradas no ofrecen ningún peligro, pero la tercera está electrificada —dijo Joe.

—¿Corto los alambres? —preguntó Bill.

—Sí —contestó Joe, que parecía haber asumido la jefatura del grupo.

Bill cortó los alambres y Max se encargó de apartarlos para dejar un hueco.

Los siete hombres pasaron aquella primera alambrada y se enfrentaron a la segunda, que tampoco ofreció dificultades, ya que las tijeras manejadas por Bill cortaron los alambres.

Y los siete hombres llegaron ante la tercera alambrada, la más peligrosa porque estaba electrificada.

Las miradas de los siete hombres se detuvieron en los postes de cemento que sostenían la tupida tela metálica y en los aisladores de porcelana.

Las otras dos alambradas eran de alambre espinoso, pero la tercera era una verdadera malla de alambres cargados de electricidad.

—Puedo abrir un hueco usando las tijeras aislantes —dijo Bill.

—No... nos exponemos a provocar un cortocircuito, que alarmaría a nuestros enemigos —contestó Joe.

Dejaron los macutos en el suelo y pronto aparecieron unas palas de mango corto, que Dan, Joe y Art empezaron a manejar con rapidez.

—El barracón está a una quinientas yardas —dijo Jug, que examinaba el terreno con unos patentes prismáticos.

—Sí... pero después de esta alambrada tenemos el campo de minas —contestó Joe.

La zanja no tardó mucho en tener una profundidad de cinco pies y los tres hombres entregaron las palas a Max, Bill y Rod, que se fueron relevando en el trabajo.

La tierra era blanda y carecía de piedras, lo que facilitaba el trabajo de las palas.

Treinta minutos más tarde, la zanja estaba lista.

—Art y Rod se encargarán de las minas y Dan colocará la cinta en el terreno despejado —dijo Joe.

—Bien —contestó Art, sacando un detector de minas de su macuto.

Los siete hombres pasaron por debajo de la electrificada alambrada y después se enfrentaron al último obstáculo.

Las minas.

Pero Art y Rod eran expertos y una tras otra fueron inutilizando las minas, abriendo un corredor en el campo minado.

A medida que Art y Rod avanzaban, los demás iban tras ellos, sin apartarse ni una sola pulgada ni a derecha ni a izquierda.

La explosión de una sola mina podía hacer estallar las demás... y aquello se convertiría en el infierno.

Cerraba la marcha Dan, que iba extendiendo una larga cinta blanca, que aseguraba con pequeños trozos de madera clavados en la blanda tierra.

Aquella cinta serviría para indicarles el camino de regreso, una vez cumplida la misión.

—Hemos salido del campo minado —anunció Art.

—Dame los prismáticos, Jug —pidió Joe.

Jug se los dio y Joe, con gran cuidado fue examinando el terreno hasta que dijo:

—Puedes colocar el trípode, Bill.

Éste se apresuró a obedecer y Joe, después de devolver los prismáticos a Jug, abrió su macuto y sacó un rifle «Marlin» de gran calibre.

Lo montó con gran cuidado y después ajustó un potente visor al arma.

—¿Ves el objetivo? —preguntó Dan.

—Perfectamente... está a trescientas yardas y no fallaré —contestó Joe.

El arma era potente y el visor de gran calidad. Por otra parte, el trípode era una gran ayuda para un excelente tirador como Joe.

Mientras él apuntaba cuidadosamente, sus seis compañeros permanecieron en silencio y conteniendo la respiración.

Y bruscamente, se produjo el disparo.

Pero no ocurrió nada.

—Has fallado —dijo Bill.

—No —aseguró Joe con gran firmeza.

Unos segundos más tarde, una estela de humo blanco cruzó el cielo y en el aire reventó una bengala de color verde.

—Bien... asunto terminado, al menos por ahora —dijo Joe, sin que se alterase en ningún momento un solo músculo de su rostro.

A pesar de que el «ejercicio de selección» había terminado, los siete hombres no dieron señal de alegría.

—Vamos dijo solamente, Joe, recogiendo su «Martin».

Más tarde, los siete hombres se detuvieron a unas yardas del alargado barracón que se alzaba cerca de la orilla del mar.

Un hombre les salió al encuentro, diciendo.

—Buen trabajo, muchachos... tenéis cuarenta y ocho horas de descanso y después hablaremos.

Los siete hombres penetraron en el barracón y poco después dormían profundamente.

Cuarenta y ocho horas más tarde, los siete hombres que habían sobrevivido al duro ejercicio se hallaban en una amplia estancia.

Una hora antes, dos vehículos todo terreno los habían recogido en el barracón de la playa y los llevaba tierra adentro.

Descendieron en el patio de una gran hacienda y un hombre tan silencioso como los conductores de los vehículos los llevó hasta el interior de uno de los edificios.

Sobre una mesa encontraron botellas y vasos.

—Pueden beber si lo desean —dijo el hombre en un mal inglés.

Cuando se quedaron solos, Bill se encogió de hombros y se acercó a la mesa, diciendo.

—Un trago no me sentará mal, después de la sed que he pasado durante los últimos cinco días.

Los demás también se acercaron a la mesa y en silencio se fueron sirviendo la bebida que cada uno prefería.

Saludó el mismo hombre que los había esperado cerca del barracón al terminar el ejercicio.

—Hola —contestó Joe, mientras los demás se limitaban a inclinar sus cabezas a modo de saludo.

Aquel hombre era el que también los había contratado en diversos países de América del Sur.

—Podéis tomar asiento, porque tengo que hablar con vosotros —dijo aquel individuo, del que todos desconocían el nombre.

Los siete hombres se acomodaron en los sillones de cuero y vieron como el hombre que los había contratado apartaba una cortina, dejando al descubierto un gran mapa de la costa de California.

—El objetivo está en la base que la Marina de los Estados Unidos tiene en Coronado Sands. Aquí exactamente —dijo el jefe apoyando el dedo en un punto del mapa.

—Coronado Sands —repitió Art.

—Tú conoces la base —dijo el jefe.

—Sí —admitió Art.

—Bien... el ejercicio de selección que habéis realizado con pleno éxito se ha ajustado a las condiciones que encontraréis en la base de Coronado... incluso las tres alambradas y el campo de minas.

—¿Hay que destruir la base? —preguntó Jug.

—No... Solamente hay que destruir un proyectil que los americanos van a ensayar dentro de unos días. Un proyectil nuclear, cuya cabeza estalla en las profundidades, destruyendo los submarinos que se hallan dentro de su campo de acción.

—Una explosión nuclear —murmuró Rod.

—No... el proyectil no llevará la cabeza nuclear; ¡se trata de probar un nuevo sistema direccional! —contestó el jefe.

—¿Cómo llegaremos hasta Coronado Sands? —preguntó Bill.

—Mañana por la mañana, un avión os llevará hasta Trinidad y

desde allí, en un aparato de una compañía americana, volaréis hasta los Ángeles... y después, el autobús de línea os conducirá hasta la población de Imperial Falls.

—La ciudad está a treinta millas de la base de Coronado Sands —dijo Art.

—Efectivamente y desde Imperial Falls tendréis que ir hasta la base.

—¿Cómo? —preguntó Joe.

—Andando y a través de las montañas que forman la cadena de Santa Lucía.

—¿Tendremos que viajar con todo el equipaje? —preguntó Dan.

—En Imperial Falls os espera una casa y en ella encontraréis todo lo necesario, incluso un «Marlin» de gran calibre, con un teleobjetivo de rayos infrarrojos, por si hay que hacer fuego durante la noche.

—No tenemos documentos y...

—Todo está preparado y calculado. Podréis llegar hasta Imperial Falls sin haber sido molestados por nadie —interrumpió el jefe.

—¿A dónde tendremos que dirigirnos en la ciudad? —preguntó Jug.

—A la calle Mendocino, número 157.

—¿Cuándo y cómo recibiremos la información necesaria para atacar la base? —preguntó Joe.

—La orden os llegará en vuestra casa de la calle Mendocino... quizás sea una llamada telefónica o una nota.

—Comprendido, pero quiero hacer una última pregunta —dijo Joe.

—Hazla.

—¿Cómo escaparemos de la zona después de volar el proyectil?

—Habrá dos vehículos en un punto que se os señalará a su debido tiempo. Los vehículos os llevarán hasta unas doscientas millas al sur de Coronado Sands y allí, sin vigilancia en la costa, os esperará un barco pesquero.

—¿Y el dinero? —preguntó Dan.

—Cada uno de vosotros recibirá cinco mil dólares mañana por la mañana, más otros veinte mil que serán para gastos en Imperial Falls... Joe se hará cargo de ellos.

—Bien.

—Una vez en Imperial Falls tendréis que destruir los pasaportes que se os entregarán mañana —siguió diciendo el jefe.

—De acuerdo —contestó Rod.

—Y al regreso, cada uno de vosotros recibirá treinta mil dólares.

—Bien —murmuró Joe.

—Tú mandarás el grupo, Joe.

—Bien —repitió éste.

—En Imperial Falls encontraréis los planos de la base y también estarán media docena de proyectiles especiales, para que puedan atravesar los depósitos de combustible del proyectil dirigido; son balas explosivas.

—Comprendido —dijo Joe.

—¿Alguna pregunta?

Los siete hombres negaron con sus cabezas y el jefe continuó diciendo.

—Nada más; nos veremos mañana a la hora de partir.

Los siete hombres abandonaron la amplia estancia y un sirviente, tan silencioso como los demás, les mostró las habitaciones.

El jefe cerró la puerta del amplio salón y después abrió otra que estaba oculta por una pesada cortina de tela, diciendo:

—Puedes salir, Anders.

—Creo que lo lograrán... los he estado observando a través del espejo del despacho y he podido oír toda la conversación —dijo Anders.

—Lo lograrán —aseguró el jefe.

—¿Qué pasará después, Perkins? —preguntó Anders.

—¿A qué te refieres?

—A ellos siete.

—Morirán... ellos son el cebo, porque nuestro hombre en Coronado Sands se encargará del trabajo realmente importante.

—Si continuasen con vida, serían un peligro para nosotros.

—Morirán —repitió Perkins—... como han muerto los otros hombres que contraté. Ahora están bien enterrados y nadie los encontrará, pero a esos siete, no tendré que molestarme en darles sepultura, porque no saldrán vivos de la base de la Marina.

—¿Estamos seguros en este país? —preguntó Anders.

—Por completo. Las autoridades no conocen la existencia de

nuestro cuartel general, pero por otra parte, el nuevo gobierno está tratando de estabilizarse y para ello tiene que eliminar a los viejos gobernantes. Por último, en el nuevo gobierno tenemos a varios hombres que trabajan para nosotros.

—Si los servicios secretos de los Estados Unidos descubriesen la verdad, tendríamos complicaciones.

—Nunca podrán descubrirla, porque esos siete desgraciados que has visto y oído, serán los culpables... y de ellos, solamente encontrarán cuerpos destrozados.

—Bien, Perkins.

—Son simple carnada... carnada para tiburones... y el hombre realmente importante, permanecerá en la sombra.

—¿Crees que toda la operación tendrá éxito?

—La voladura del proyectil submarino retrasará considerablemente a los americanos. No existe otro dispositivo direccional y tardarán seis meses en construir otro.

—¿Y los planos? —preguntó Anders.

—Ya han sido falseados, tardarán mucho tiempo en darse cuenta de ello... y cuando descubran la verdad, el nuevo dispositivo estará hecho... y no servirá para nada. Tendrán que empezar nuevamente.

—El hombre que ideó y planeó el dispositivo puede descubrir la verdad.

—El ingeniero electrónico volará por el aire... al mismo tiempo que su proyectil —aseguró Perkins.

—¿Qué ganamos nosotros, además de retrasar a los americanos? —preguntó Anders.

—Obtener el dispositivo de dirección del proyectil submarino... y cargar la responsabilidad del atentado sobre las espaldas de nuestros buenos amigos y vecinos los soviéticos.

—Lo suponía.

—Voy a salir para ordenarle al piloto que tenga listo el avión para mañana. ¿Me acompañas?

—Sí... ¿Saben ellos para quién trabajan? —preguntó Anders.

—No, aunque creen que lo hacen para los rusos. Nunca llegarán a saber la verdad.

—¿Abandonaremos esta hacienda después de la destrucción del proyectil?

—No, aunque es muy posible que tengamos que hacer un viaje

hasta Imperial Falls.

—¿Cuándo? —preguntó Anders.

—Cuando haya pasado algún tiempo y nuestro hombre haya logrado sacar de la base el dispositivo de dirección.

—¿Cómo lo hará?... ¿Quién es el hombre?

—Un buen agente de Pekín... y la forma en que hará las cosas, solamente lo sabe él. Me dijo que necesitaba que un grupo de hombres cayese sobre la base, me dio las instrucciones... y nada más, pero no fracasará.

Joe observó cómo Bill cortaba los alambres de la segunda alambrada.

Todo iba perfectamente, de acuerdo con lo planeado y también parecía una repetición de aquel ejercicio de selección, realizado en un país de América del Sur.

Los siete hombres escogidos, habían llegado hasta Imperial Falls sin haber sufrido ningún tropiezo y se instalaron en el número 157 de Mendocino Street.

Allí encontraron todo el material necesario y Joe, después de examinarlo cuidadosamente, dijo:

—Todo es de fabricación rusa, menos el «Marlin», aunque sí lo es el teleobjetivo de rayos infrarrojos.

—No me importa para quien trabajo; solamente me interesa la aventura... y los treinta y cinco mil dólares —comentó Dan.

Durante tres días permanecieron en la casa, sin dejarse ver demasiado para no llamar la atención, aunque Imperial Falls contaba con más de veinte mil habitantes y había un gran movimiento de hombres que llegaban y se marchaban.

Después de aquellos tres días de calma, Joe recibió una llamada telefónica.

—El lanzamiento será a las dos de la madrugada del día doce de este mes. Los disparos deben hacerse a la una y cuarenta y cinco; al lado del proyectil habrá tres grandes cisternas llenas de combustible... también deben volar.

Y el hombre que había dado las instrucciones cortó la comunicación.

... Y los siete hombres se pusieron en marcha.

Recorrieron las treinta millas y llegaron a la primera alambrada.

Después, todo se fue desarrollando a la perfección.

Excavaron la zanja y pasaron por debajo de la alambrada electrificada.

Art y Rod abrieron un camino en el campo minado y Dan, que iba en último lugar, fue extendiendo la cinta blanca fluorescente.

La misión de Dan era tan importare como la de Art y Rod, porque si cometía un error, todos quedarían atrapados dentro de la base.

—No han encendido los grandes focos —dijo Max, cuando salieron del campo minado.

—Aún es pronto... hemos hecho un buen trabajo y hemos ganado tiempo. Es solamente la una y veinte minutos; hay que esperar —contestó Joe, montando el «Marlin» y ajustando el teleobjetivo de rayos infrarrojos.

Bill ya había montado el trípode y todo estaba listo para la acción.

Solamente faltaba que llegase la hora exacta.

A la una y cuarenta minutos se encendieron los enormes focos y los siete hombres pudieron ver el proyectil, colocado en la zona de lanzamiento.

... Y las tres enormes cisternas arrastradas por tractores.

Joe apuntó cuidadosamente, esperó... y bruscamente, Bill exclamó nerviosamente:

—¡La hora!

... Y Joe apretó el gatillo.

El proyectil submarino reventó en la rampa de lanzamiento y la potente explosión sacudió la base de un extremo a otro.

Joe, con gran rapidez hizo otros dos disparos... y dos de las cisternas se convirtieron en verdaderos volcanes.

—Vamos... habrá más explosiones —dijo Joe, dejando caer el «Marlin».

Iban estallando otros depósitos y una explosión mucho más potente arrasó la mitad de la base.

Terminaban de explotar los torpedos.

Los edificios ardían y los hombres corrían alocados en todas direcciones, y muchos se desplomaban al ser alcanzados por trozos de material que se habían convertido en proyectiles mortales.

Los siete hombres penetraron en el campo minado, siguiendo la blanca cinta fluorescente.

Y Dan, que iba en primer lugar, saltó por el aire cuando una mina estalló bajo sus pies.

—Estallan a causa de las grandes explosiones... —pensó Joe, sin dejar de correr.

Estallaron más minas y cayeron más hombres y Joe siguió corriendo, hasta que todo el campo minado reventó.

Todo había terminado.

CAPÍTULO II

EL hotel se alzaba en la parte vieja de la ciudad de Imperial Falls.

Era un edificio mal conservado y que tenía todo aspecto de haber sido construido muchos años antes, quizás en la época en que California soportó la primera fiebre del oro.

El edificio era una verdadera reliquia del pasado, aunque como hotel fuese un desastre.

Craig Felter penetró en el vestíbulo y se sintió envuelto por la densa atmósfera, cargada de humedad y apestando a moho.

Un alargado mostrador se deslizaba a lo largo de una de las paredes del vestíbulo que quedaba sumido en la penumbra, como si con ella el dueño del hotel tratase de ocultar la suciedad.

Detrás del mostrador había los acostumbrados compartimentos para guardar la correspondencia de los clientes, así como una serie de llaves colgadas de unos clavos que ya estaban oxidados.

Apoyado en el mostrador y con cara de sueño y de aburrimiento, se encontraba un individuo joven, de mejillas hundidas, ojos saltones y ropa tan sucia como las paredes del mohoso vestíbulo.

Craig Felter, con su elegante traje gris, camisa blanca y corbata azul, parecía un bicho raro en medio de aquel ambiente sucio y desagradable.

Craig se acercó al mostrador y preguntó.

—¿Qué habitación ocupa un hombre llamado Noah Masón?

El joven de los ojos saltones bostezó ruidosamente y lanzando una mirada a Craig, contestó con otra pregunta.

—¿Para qué lo quieres?

—Se lo diré a él —dijo Craig, apoyando las manos en el sucio mostrador.

—Tendrás que hablar conmigo, porque el señor Masón no recibe a nadie —contestó el tipo de los ojos saltones.

Craig esbozó una sonrisa y el hombre de los ojos saltones volvió a bostezar.

—No voy a hablar contigo, muchacho y tienes un par de segundos para decirme el número de la habitación que ocupa Masón —dijo Craig, sin dejar de sonreír.

El tipo de los ojos saltones volvió a bostezar y después mirando a Craig con gran desprecio, dijo.

—Largo de aquí, estúpido y regresa a tu escaparate a lucir esas ropas de cerdo elegante.

Craig era un hombre de gran paciencia, tranquilo y que difícilmente perdía el control de sus nervios.

Por estas razones, continuó sonriendo, pero su brazo derecho se movió con increíble rapidez y sus acerados dedos, acostumbrados al judo, al karate y al «kung fu», se cerraron sobre la garganta del mal educado joven.

Craig, sin dejar de sonreír, apretó con fuerza hasta que el rostro del individuo adquirió un color terroso y los saltones ojos se abrieron desmesuradamente.

—Me recuerdas a un besugo en mal estado... un besugo podrido —dijo lentamente Craig dejando que pasase un poco de aire por la garganta del hombre.

Éste tenía la boca abierta y movió los labios tratando de articular algún sonido, pero los dedos de Craig, a pesar de que habían aflojado la tenaza, seguían sobre la garganta del empleado.

Solamente un sordo gorgoteo emitió la boca del individuo y Craig, al ver que las fuerzas de su enemigo habían llegado al límite, soltó la presa, diciendo:

—Eres un infeliz, muchacho y hoy has tenido suerte. No debes fiarte de las apariencias, porque un hombre vestido con elegancia, puede ser más peligroso que el más sucio y harapiento de los mendigos.

El empleado abrió la boca y la cerró varias veces, lo que dio un enorme parecido con un besugo recién sacado del agua.

Se frotó la dolorida garganta y sin esperar a que Craig le volviese a preguntar el número de la habitación que ocupaba Noah Masón, dijo:

—La catorce... primer piso... a la derecha...

—Eres muy amable, muchacho —contestó Craig con una amplia sonrisa en los labios.

Se apartó del mostrador y se dirigió hacia la escalera, mientras el joven de los ojos saltones respiraba profundamente, sin dejar de acariciar su castigada garganta.

Craig Felter llegó al primer piso y frunció el ceño, al ver que allí la suciedad era mayor que en el vestíbulo.

A lo largo del corredor, el papel de las paredes caía a trozos a causa de la humedad y las puertas de las habitaciones también ofrecían un aspecto sucio y deplorable.

Craig llamó con los nudillos a la de la habitación número catorce y esperó.

No oyó pasos al otro lado de la puerta, pero una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Craig Felter, del

F. B. I.

—Felter... del

F. B. I.

—repitió la voz desde el interior de la habitación.

—Sí.

—Bien... puede deslizar su credencial por debajo de la puerta, porque hay espacio suficiente.

—Abra la puerta, Masón, porque no tengo ganas de jugar.

—No yo... no estoy loco y no quiero que me asesinen. Quiero ver su credencial o no entrará en esta habitación.

Craig comprendió por el tono de voz, que tendría que enfrentarse a un hombre asustado y terminó por acceder a la petición de Masón.

Se puso en cuclillas y pasó su credencial por la amplia ranura que quedaba entre el suelo y la parte inferior de la puerta.

—Conforme —dijo Masón.

—¿Quieres abrir de una vez?

—Calma, agente, calma, porque lo que está en juego es mi vida —contestó Masón.

Craig oyó ruido, como si estuviesen arrastrando muebles dentro de la habitación y poco después oyó el seco chasquido que produjo un cerrojo al descorrerse.

Y por fin se abrió la puerta.

Noah Masón se apartó para que Craig pudiese entrar y después cerró la puerta.

Masón era un individuo de cuarenta y ocho años, de nariz aplastada, frente estrecha, cejas hirsutas, ojos pequeños y muy juntos, que brillaban de una forma turbia, como si en ellos se reflejasen los sucios pensamientos de su dueño.

Masón era bajo, obeso, calvo y sus piernas eran cortas.

Noah Masón, con su desagradable aspecto, parecía formar parte de aquel sucio hotel del barrio viejo de Imperial Falls.

Craig recobró su credencial y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, diciendo:

—Parece que tienes miedo, Masón.

El rostro de Masón tenía una expresión cautelosa, de desconfianza hacia todo el mundo.

—Sí, tengo miedo, porque desde que me dejaron en libertad he recibido más de doscientas cartas.

—¿De admiradores? —preguntó Craig.

—De enemigos... todos me amenazan de muerte.

—Es lógico, Masón, porque no se puede confesar públicamente un asesinato, y cobrar treinta mil dólares por el relato hecho a una importante revista. La fama mal adquirida, tiene sus inconvenientes y sus riesgos.

—Fui juzgado y me declararon inocente... y las leyes del Estado de California dicen que un hombre no puede ser juzgado dos veces por el mismo delito —dijo Masón, poniéndose a la defensiva.

—Tienes razón... y tu declaración de culpabilidad no es válida.

—Siempre podría decir que confesé para obtener dinero de la revista «Sun»... estoy bien asesorado por mi abogado —contestó Masón con aire triunfante.

—Pero no estás a salvo de la venganza de algún ciudadano indignado —comentó Craig.

—Por esta razón he pedido protección al

F. B. I.

—Pero el

F. B. I.,

no da protección a los asesinos, Masón —dijo Craig, lanzando una mirada a la mano derecha de Masón, que la mantenía oculta en la

espalda, como si en ella tuviera algo pesado, que muy bien podía ser una pistola.

A pesar de que eran solamente las nueve de la mañana, el aliento de Masón apestaba a *whisky* y el agente del F. B. I., vio dos botellas de licor en la habitación.

Una en el suelo, al lado de la cama, como si Masón se hubiese pasado parte de la noche bebiendo; la otra estaba sobre la pequeña mesa que ocupaba el centro de la sucia habitación.

Y no había ningún vaso.

Craig se acomodó en la única silla, tratando de mantener el equilibrio porque el mueble no tenía ninguna estabilidad y amenazaba ruina.

Masón se ladeó para introducir algo en el bolsillo derecho de su chaqueta, y no sacó la mano.

—Bien... tienes una pistola y no quieres soltar la culata. En realidad, estás mucho más asustado de lo que yo esperaba —pensó el agente especial, sacando un paquete de cigarrillos y un elegante encendedor.

—¿Ha leído Vd., el último número del «Sun»? —preguntó amablemente Masón, extendiendo el brazo izquierdo para coger la botella de *whisky* que había sobre la mesa.

—No —contestó tranquilamente Craig, que sí había leído el número de la revista, pero que sabía perfectamente que su negativa iba a molestar a Masón.

—No es Vd., un hombre muy inteligente —gruñó éste.

Con los dientes sacó el corcho y lo escupió con rabia, mientras Craig sonreía divertido.

—Prefiero leer cosas menos sucias. A causa de su profesión, tengo que oír las declaraciones de muchos asesinos... y no resulta agradable ni divertido. De las revistas solamente leo los cómic.

—He salido en primera plana...

—En la portada —rectificó el agente especial—. Sí, es cierto, en la portada. Me hicieron una buena fotografía... y el título es atractivo. «Cómo maté a Jackson Parsons, por Noah Masón»...

El asesino estaba rebosante de orgullo, como podía estarlo un pintor que hubiese logrado su primer premio en una exposición internacional.

—¿Qué quieres del

F. B. I.?

—preguntó Craig después de encender un cigarrillo.

—Protección... mire Vd., el montón de cartas qué he recibido durante las últimas veinticuatro horas.

—Tú te lo buscaste. Un hombre sensato, después de haber logrado la absolución, se habría callado si además de sensato hubiese sido inteligente, habría cambiado de residencia.

—Me está llamando insensato y tonto.

—Más o menos.

—Tengo información importante para el

F. B. I.

—En este caso, ya sabes dónde está la oficina de inspector Berry.

—No quiero salir a la calle... un tipo cualquiera, con un rifle provisto de mira telescópica, puede alojarme un balazo en la cabeza... y no quiero morir ahora que tengo dinero.

—Jackson Parsons quizás pensaba lo mismo... y lo asesinaste —comentó Craig.

—Parsons era un cerdo... un puerco traidor —gruñó Masón.

—Era un ser humano... y está muerto. Es mejor que dejes en paz a los muertos, porque quizás tú seas mañana otro muerto y alguien puede decir que eras un cerdo —dijo secamente Craig.

—No he llamado al

F. B. I.,

para escuchar sermones.

—Bien... en este caso, me voy y no puedo decir que celebre haberte visto —dijo el agente especial, poniéndose en pie.

—Un momento... voy a llamar al inspector Berry —contestó Masón, indicando el viejo aparato telefónico que estaba en la pared, cerca de la puerta.

Craig se encogió de hombros, porque sabía que el inspector Vincent A. Berry no se hallaba en la ciudad.

En aquellos momentos, el inspector debía estar en la base de Coronado Sands, donde existía una gran cantidad de trabajo para los hombres del

F. B. I.,

porque en las explosiones ocurridas tres meses antes, habían muerto los cinco agentes encargados de la vigilancia y de la seguridad

interna de la base.

Había sido un duro golpe para el
F. B. I.,

que además de perder a cinco de sus hombres había visto cómo fallaron todos los sistemas de seguridad.

Después de aquellos tres meses, un grupo de agentes especializados en diversas ramas, habían llegado a muchas conclusiones, pero seguían moviéndose a ciegas.

El inspector Vincent A. Berry se hallaba a frente de aquella misión y Craig Felter, recién llegado de Nueva York, se había unido al grupo el día anterior.

Su primer trabajo había sido acudir al hotel de la parte vieja de Imperial Falls, para hablar con Noah Masón, el hombre que una semana antes y después de un juicio que duró hora y media, había sido declarado inocente del asesinato de Jackson Parsons.

—Ve y escucha a Masón, porque ahora está asustado. No creo que la muerte de Parsons esté relacionada con el sabotaje de la base pero no podemos dejar ningún cabo suelto —dijo el inspector, al sostener su primera entrevista con Craig.

Se habían conocido varios años antes, cuando Craig Felter aún no pertenecía al

F. B. I.,

y el inspector había sido un buen amigo del padre de Craig.

Éste terminó la carrera de ingeniero electrónico, pero en lugar de aceptar un importante puesto en una gran compañía industrial, escogió el duro camino de los agentes del

F. B. I.

Al producirse el sabotaje en la base de Coronado Sands, con la total destrucción del proyectil submarino y con la muerte de un gran número de hombres, el inspector Berry comprendió que iba a necesitar agentes especializados en electrónica, en planos industriales y en otras ramas relacionadas con los cohetes dirigidos.

Escogió cuidadosamente a sus hombres y entre ellos reclamó a Craig Felter.

Pero éste no se hallaba en los Estados Unidos cuando se produjo la destrucción de parte de la base de Coronado Sands.

El agente especial estaba en un país de Europa, siguiendo el rastro a un envío de armas, que habían salido de los Estados Unidos

de contrabando y después de haber sido robadas en uno de los almacenes del ejército.

Craig encontró las armas y detuvo a los responsables del robo... y desde Nueva York, después de un corto descanso de diez horas, voló hacia San Francisco y más tarde, en un automóvil del

F. B. I.,

viajó hasta Imperial Falls.

Había llegado la noche anterior y su primer trabajo era aquella entrevista con Noah Masón, el hombre que después de haber sido declarado inocente, confesaba públicamente que era un asesino.

—Escucha a Masón, porque aunque su delito, mejor dicho, el delito que confiesa haber cometido, no entra en nuestra jurisdicción, porque es un asesinato, no podemos olvidar algo muy importante —siguió diciendo el inspector a Craig.

—¿De qué se trata? —preguntó éste.

—Jackson Parsons era un experto en electrónica, ayudante personal del profesor Mortimer Leland, el hombre que ideó y construyó el dispositivo de dirección del proyectil nuclear submarino.

—Si realmente Masón asesinó a Parsons, cometió un delito federal, porque Parsons era un funcionario del gobierno de los Estados Unidos —comentó Craig.

—Cuando Parsons murió, ya no pertenecía al gobierno.

—¿Por qué?

—Presentó su dimisión.

—¡Hum! —exclamó Craig, pasándose el dorso de la mano por el mentón.

—Parsons estaba en la base cuando se produjeron las explosiones y para él resultó un duro golpe ver como todos sus amigos iban muriendo... él mismo se libró de la muerte por casualidad, porque estaba al lado de Leland unos segundos antes de que estallase el proyectil...

Una llamada urgente interrumpió al inspector y éste, después de una larga conversación telefónica, dijo:

—Lo siento, Craig, pero tengo trabajo y mañana a primera hora debo estar en Coronado Sands. Habla con Masón y escucha lo que quiera decirte... y nada más.

—Puedo ir ahora mismo.

—No es necesario. Ve mañana por la mañana y cuando sepas lo que Masón quiere de nosotros, habla conmigo.

—¿Debo ir a Coronado Sands?

—No, a no ser que Masón te dé alguna información muy valiosa, cosa que dudo, porque Masón no es de los tipos que da nada gratis; para él todo tiene un precio.

Y allí estaba Craig Felter, observando el miedo que dominaba a Noah Masón.

Éste lanzó una soez maldición cuando comprobó que el inspector no se encontraba en la oficina que el

F. B. I.,

tenía en la ciudad.

—No está —gruñó, colgando el auricular del teléfono con gran fuerza.

—Le diré que quieres protección.

—Ya lo sabe... se lo dije yo mismo.

—También le diré que tienes miedo.

—Y puede decirle que tengo información importante... sí, señor, muy importante.

—¿Qué clase de información? —preguntó Craig.

—Importante... sobre la base militar —contestó Masón.

—Tienes que decirme algo más.

—No, no diré ni una sola palabra más, hasta que el inspector me haya asegurado protección —dijo Masón con gran firmeza.

—Hablaré con el inspector.

—Voy a afeitarme y a ponerme una camisa limpia... ya sabe Vd., donde está el teléfono —dijo Masón, dirigiéndose hacia el baño, cuya puerta estaba entornada.

Craig se dirigió hacia el teléfono y marcó el número de la base de Coronado Sands.

Habló con uno de los agentes especiales y éste le dijo que el inspector se hallaba en el otro extremo de la base.

—Bien, haz el favor de decirle que me llame al hotel donde está Masón —contestó Craig.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Masón, asomando la cabeza desde el cuarto de baño.

—No estaba, pero me llamará.

—Esperaré... y me iré afeitando —dijo Masón, saliendo del

cuarto de baño para recoger una de sus botellas de «*whisky*».

Craig se acercó a la única ventana y comprobó que se abría sobre un patio y que el único paisaje que Masón podía contemplar era una pared de ladrillos.

En el cuarto de baño la máquina eléctrica zumbaba con fuerza.

Llamaron a la puerta y el agente se acercó a ella, preguntando.

—¿Quién es?

—La doncella del piso, señor... con las toallas limpias —contestó la voz de mujer.

Craig retiró el cerrojo y abrió la puerta.

Una mujer llevando unas toallas dobladas sobre el brazo izquierdo entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda.

Y en el cuarto de baño, la máquina de afeitar eléctrica continuaba zumbando.

CAPÍTULO III

CRAIG frunció el ceño y retrocedió un par de pasos, examinando a la mujer que terminaba de penetrar en la habitación.

Era una pelirroja de grandes y expresivos ojos verdes, que en aquellos momentos solamente reflejaban odio.

Llevaba una estrecha y corta falda azul claro, que mostraba la estremecedora curva de sus caderas y un par de perfectos y redondeados muslos.

Usaba una blusa de color amarillo, pero un amarillo casi rabioso, de amplio escote y que modelaba la curva de los altos y turgentes senos.

Era una mujer bonita, de rostro ovalado y labios amorosos... aunque el odio que aparecía en sus ojos le restaba belleza.

Craig pensó que aquella mujer no encajaba en el viejo hotel de la parte vieja de Imperial Falls.

A través de la entornada puerta del cuarto de baño llegaba el zumbido de la máquina de afeitar.

—Noah Masón —dijo solamente la mujer.

—No —contestó Craig.

Pero ella no pareció impresionada por la negativa del agente especial.

Dejó caer las toallas y apareció un revólver de pequeño calibre, pero mortal si se disparaba a corta distancia.

Hasta aquel momento, las toallas habían ocultado el arma, que la impresionante pelirroja de ojos verdes empuñaba con decidida firmeza.

—Calma, muchacha —dijo solamente Craig, observando que el dedo de la mujer presionaba el gatillo del revólver.

—Noah Masón dijo ella. —Voy a matarte y no tendré

remordimientos, puedes estar seguro de ello.

—No debes hacerlo, muchacha —contestó Craig.

—Tú asesinaste a Jackson Parsons... y yo haré lo mismo contigo, porque personas como tú están mejor muertas y enterradas.

—Cuidado, muchacha, porque vas a cometer un error —dijo Craig, sin apartar la mirada de la mano derecha de la mujer.

En aquel momento, la máquina de afeitar dejó de zumbiar y la ronca voz de Masón preguntó:

—¿Qué ocurre, agente?

La mujer queda desconcertada y miró fijamente a Craig, pero ya no había odio en aquellos grandes ojos verdes.

Solamente desconcierto.

Y cierto brillo de miedo.

—No ocurre nada —contestó Craig, acercándose a la mujer.

—He oído voces y he pensado que había llegado otro agente del F. B. I.

—dijo Masón.

—¡Vd., no es Noah Masón! —exclamó la mujer.

—No lo soy —contestó Craig.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Masón, apareciendo en la habitación.

Se quedó al lado de la puerta, mostrando una camiseta que había perdido su color blanco original, para convertirse en gris de suciedad.

—¡Vd., es Masón! —exclamó la mujer, levantando el cañón del revólver para apuntar a la cabeza de Masón.

Éste emitió un grito de terror y desapareció en el cuarto de baño, cerrando la puerta con rapidez.

—Quieta o te buscarás una larga serie de complicaciones —advirtió Craig.

La mujer de los cabellos cobrizos y ojos verdes, se dejó arrebatar el revólver sin ofrecer resistencia.

Después se dejó sobre la silla, donde se había sentado el agente especial del

F. B. I.

Éste cerró, los ojos, creyendo que la mujer iba a quedar sentada en el suelo, rodeada de astillas, pero la silla resistió el peso y solamente crujió un par de veces, como si protestara por tener que

soportar aquel cuerpo inesperado.

La corta falda azul se remontó dejando al descubierto los morenos muslos de la mujer, pero ella no pareció preocuparse por aquella total demostración de sus encantos.

Pero Craig, a pesar de mantener el ceño fruncido, pensó que el sol de California daba un color muy sugestivo a las piernas de las mujeres.

—¡Mátela, Felter... mátela! —gritó Masón, desde el cuarto de baño.

La hermosa y atractiva pelirroja se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar.

—Bien... llorar es más propio de una mujer que andar con un revólver en la mano —comentó Craig, al que el llanto de la violenta visitante devolvió la tranquilidad.

—¿Puedo salir? —preguntó Masón, que podía ser un perfecto canalla pero que carecía por completo de valor.

—Sí —contestó Craig.

Masón salió del cuarto de baño... y lo hizo con una pesada automática del 45 en la mano derecha.

—Guarda la pistola, Masón —ordenó secamente el agente especial del

F. B. I.

—Un hombre debe tomar precauciones —gruñó el asesino.

Pero guardó el arma.

—¿Conoces a esa mujer? —preguntó Craig.

—No la he visto en mi vida, pero lo más seguro es que sea peligrosa.

La mujer apartó las manos de su rostro para lanzar una fría mirada a Masón.

Nuevamente apareció el odio en los grandes ojos verdes.

—Asesino... cobarde asesino —murmuró la mujer.

—Vuelve al cuarto de baño, Masón —ordenó el agente.

—A esa clase de mujeres hay que matarlas... son un peligro para la humanidad y...

—¡Lárgate! —ordenó secamente Craig, porque resultaba insoportable oír a Masón hablar de humanidad.

Noah Masón, gruñendo como un perro apaleado regresó al interior del cuarto de baño y cerró la puerta con gran violencia.

—¿Quién eres, muchacha y por qué querías disparar contra Masón? —preguntó Craig con gran suavidad.

La mujer fijó la mirada en sus desnudos muslos, pero no trató de cubrirlos quizás porque sabía que la tela de la falda no podía hacer más de lo que ya hacía.

Cubrir lo justo... y muy justo, por cierto.

—Mi nombre es Valerie Reynolds... —contestó por último y sin levantar la mirada, como si temiese enfrentarse al agente especial—. Y Masón asesinó a tío Jackson.

—¿Jackson Parsons era tío tuyo? —preguntó Craig—. Supongo que sería hermano de tu madre.

Valerie levantó la cabeza y después de sacudir sus largos cabellos cobrizos, esbozó una sonrisa y contestó:

—No, en realidad, Jackson Parsons no es mi mío, aunque fue muy amigo de mi padre y yo, desde pequeña, lo llamé «tío Jackson».

—¿Vives en Imperial Falls?

—Sí.

—Tuviste una mala idea al tratar de disparar contra Masón.

—¿Va Vd., a detenerme?

—No, porque en realidad no ha ocurrido nada pero si caes en manos de la policía de la ciudad pueden encerrarte por intento de asesinato.

Valerie abrió sus grandes ojos verdes, murmuró:

—Creí que eras un policía... Masón te llamó agente.

—

F. B. I.

—aclaró Craig.

El timbre del teléfono empezó a sonar y el agente especial descolgó el auricular, diciendo:

—Aquí Craig Felter.

—Hola, Craig, soy Berry. ¿Qué ocurre con Masón?

—Insiste que quiere protección... dice que tiene una valiosa información, pero que no dirá nada hasta que esté bien protegido.

—Masón es un canalla, capaz de hacer las cosas más extrañas si con ellas obtiene dinero. Dile que si quiere protección, que hable con toda claridad y que diga lo que sabe... o que acuda a la policía de la ciudad.

—Según Masón, solamente hablará con Vd.

—De acuerdo, puedes decirle que mañana por la mañana le haré una visita.

—Bien, inspector.

—No obstante, Craig, debes ir a hablar con Shine Prentiss, que está alojado en el «Pacific Hotel».

—¿Quién es ese Prentiss?

—El periodista del «Sun» que pagó a Masón y escribió el relato en la revista e hizo las fotografías a nuestro hombre. Quizás él pueda decirte si realmente Masón sabe algo o solamente trata de obtener protección, porque supongo que después de la publicación de la primera parte de su sucia historia, debe haber recibido un montón de amenazas.

—Sí, las ha recibido... y está muy asustado —dijo Craig, mirando a Valerie.

Y contra su voluntad, sus ojos se detuvieron en las espléndidas piernas de la escultural pelirroja.

—Quizás el frío sudor del miedo le sirva para convenirse en una persona medianamente decente. Nos veremos esta noche en mi oficina, Craig, porque aquí tengo mucho trabajo...

Craig colgó el auricular y la cabeza de Masón apareció en la entreabierta puerta.

—¿Qué ha dicho el inspector? —preguntó Masón.

—Que hables y tendrás la protección.

—Primero la protección y después diré todo lo que sé... y es muy importante.

—Mañana por la mañana, el inspector hablará contigo... y te aconsejo que tengas cuidado, porque sospecho que más de una docena de hombres están pensando en la forma de mandarte al otro mundo —dijo Craig, haciendo una seña a Valerie para que le acompañase.

Ella se puso en pie y alisó la ajustada falda, sin dejar de mirar al agente especial.

—Esperaré hasta mañana, pero lo haré con la pistola en la mano —gruñó Masón—. Y tengo licencia para uso de armas.

—Vamos, Valerie —dijo Craig, cogiendo a la mujer por el brazo.

Abandonaron la habitación de Masón y oyeron como éste pasaba el cerrojo y colocaba una silla detrás de la puerta, para que nadie

pudiese forzarla.

—¿Qué va a hacer conmigo, agente? —preguntó Valerie, deteniéndose en la mitad del corredor.

—Nada.

—¿No me encerrará?

—No... no ha pasado nada grave y tú pareces una muchacha sensata, aunque ocultas revólveres bajo toallas. Quiero pensar que lo ocurrido ha sido una travesura de chiquilla.

—Soy una mujer.

—Gracias por la aclaración, porque debo confesar que hasta ahora había tenido algunas dudas —dijo Craig, sonriendo y fijando su mirada en la provocadora curva de los senos de Valerie.

—Tengo treinta años... y como es lógico, estoy en la plenitud de mi vida y de todo mi desarrollo —contestó Valerie, aceptando el reto.

—Sí, Valerie... perfectamente desarrollada. ¿Dónde vives?

—Tengo una tienda de modas en Mimosa Street; es un local de dos pisos y vivo en el superior.

—¿Sola?

—Sí... no tengo familia. Mis padres murieron en un accidente ferroviario, cuando yo tenía solamente quince años...

—Lo siento.

—Recibí una cantidad importante de dinero de la compañía de ferrocarriles y tío Jackson se encargó de invertir la mayor parte, mientras yo continuaba mis estudios. Al terminarlos y siempre con la ayuda de tío Jackson, compré esta tienda... y aún sigo con ella.

—Bien... debes regresar a tu tienda y continuar con tu trabajo, vendiendo ropas interiores a las mujeres de Imperial Falls... y olvida la venganza, porque tendrás dificultades con la Ley.

—Eres un buen hombre, Craig... y me gustas —dijo ella.

Pasó sus brazos por el cuello del agente especial y éste se estremeció al sentir la presión de los senos femeninos sobre su pecho.

Y se quedó sin aliento, cuando los labios de Valerie se apretaron contra los suyos.

—Tienes una forma muy especial de dar las gracias —dijo el agente especial cuando Valerie se apartó de él.

—Soy una mujer agradecida... y ahora que he recobrado el

sentido común, comprendo que me has librado de un gran problema.

—Tienes razón, porque si llegas a disparar contra Masón, aunque hubieses fallado, te habrían acusado de intento de asesinato.

—¿No puede ocurrirme nada?

—Nada... Si Masón presenta una acusación contra ti, será su palabra contra la tuya.

—¿Y tú?

—Yo no he visto nada, aunque supongo que tendrás licencia de armas.

—Nunca creí que los hombres del

F. B. I.,

podían ser tan humanos... y sí tengo licencia.

Seguían hablando en el estrecho, sucio y húmedo pasillo del hotel, como si ninguno de los dos tuviese prisa.

Craig sonrió burlonamente y dijo.

—Tú has visto demasiadas películas. Los hombres del

F. B. I.,

somos muy humanos... y terriblemente cariñosos cuando nos dan la oportunidad de demostrarlo.

—Puedes cenar conmigo esta noche, Craig... y hablaremos —contestó ella— vivo en el 210 de Mimosa Street.

—Eres muy amable, Valerie, pero no puedo darte una contestación segura.

—Ceno muy tarde, porque como Imperial Falls es una ciudad pequeña, cierro cuando todas las mujeres están en sus casas, después de la salida de los trabajos... tengo que vender cuando mis clientas tienen tiempo.

—Bien... pasaré a verte aunque sean las diez de la noche.

Abandonaron el hotel y una vez en la calle, el agente especial preguntó:

—¿Cómo pudiste llegar hasta la habitación de Masón? El empleado del vestíbulo no da demasiadas facilidades.

—Cinco dólares —contestó ella sonriendo.

—Es un buen sistema.

—Te espero esta noche...

—Bien.

Valerie estrechó con calor la mano del agente especial y se alejó rápidamente.

Craig la observó lleno de admiración y después se dirigió hacia el «Pacific Hotel», donde un elegante y educado empleado le dijo que Shine Prentiss había salido y que no regresaría hasta las ocho de la noche.

A las siete de la tarde, Craig Felter se encontraba en el despacho del inspector Vincent A. Berry.

Éste había llegado mucho antes de lo que había dicho él mismo y encontró a Craig leyendo todos los informes relacionados con las explosiones ocurridas en la base de Coronado Sands.

—¿Has logrado descubrir algo importante? —preguntó el inspector a modo de saludo.

—Necesito más datos —contestó Craig.

—Yo te los daré, porque después de tres meses de trabajar sin descanso, creo que hemos logrado reunir todas las piezas de un verdadero rompecabezas.

—¿Y las piezas encajan? —preguntó Craig, después de encender un cigarrillo que le había dado el inspector.

—Sí... pero solamente en parte, porque ahora tenemos otro problema.

—¿Grave?

—Mucho... y por partida doble —contestó el inspector.

—¿De qué se trata?

—Un grupo formado por siete hombres penetró en la base y con proyectiles especiales, de fabricación soviética, hicieron volar el proyectil submarino y dos de las cisternas llenas de combustible.

—¡Hum! ¿Qué pasó con los servicios de seguridad? —preguntó Craig.

—Los siete individuos debían tener un plano perfecto de la base y de los servicios de vigilancia, porque pasaron por el único punto débil.

—Lo que demuestra la existencia de un cómplice dentro de la base.

—El

F. B. I.,

no tiene ninguna responsabilidad en la vigilancia de la base... me refiero a la vigilancia que podríamos llamar periférica, pero sí es

responsable de lo que pasa dentro de Coronado Sands.

Craig asintió con la cabeza y después de expeler el humo con fuerza, dijo:

—Lo sé.

—Nosotros tenemos la obligación de descubrir muchas cosas, desde la existencia de un traidor o un espía, hasta hallar materiales en malas condiciones... y algo falló.

—¿Pudo ser obra de agentes soviéticos? —preguntó Craig con gran interés.

—No lo creo, porque dejaron demasiados rastros.

—¿Qué clase de rastros?

—Armas «Nagan», ropas rusas, en realidad, todo lo que llevaban los siete hombres era soviético, excepto un rifle «Marlin» de gran potencia.

—Sí, demasiadas tarjetas de visita.

—Los hombres que organizaron todo el sabotaje, quisieron hacernos creer que era obra de los agentes secretos de la URSS, pero tú y yo sabemos que los rusos no son estúpidos, aunque esta vez han querido cargarles el muerto.

—En este caso, si no fueron los rusos, solamente pudieron ser los chinos.

—Sí... con la sucia ayuda de un traidor —dijo el inspector.

—¿Por qué no me cuenta todo lo que Vd, sabe? —preguntó el agente especial.

—Sí... pero antes pediré café para los dos —contestó el inspector descolgando el teléfono.

Habló con una de las muchachas de la oficina y le encargó café.

CAPÍTULO IV

EL inspector dejó la taza de café sobre su mesa y con una servilleta de papel se limpió los labios.

—Durante tres meses, hemos estado reuniendo todas las piezas del rompecabezas, Craig y por último hemos llegado a varias conclusiones.

Craig se limitó a asentir con la cabeza y Vincent A. Berry continuó diciendo:

—El proyectil y dos de las cisternas de combustible estallaron a consecuencia de impactos directos y la tercera cisterna estalló al ser alcanzada por trozos de las otras, pero las explosiones que se produjeron en los depósitos de torpedos y municiones, fueron provocadas por complicados aparatos de relojería.

—Lo que demuestra que existía un cómplice dentro de la base... o más de uno.

—Sí... un hombre de gran inteligencia y con algún cargo de importancia en el proyecto del proyectil submarino.

—Vd., sabe algo más, inspector —dijo Craig.

—Sí... algo que solamente sabemos media docena escasa de hombres y que también tú vas a saber, porque tendrás que encargarte de este asunto.

—¿De qué se trata?

—El proyectil fue destruido para que nosotros no llegásemos a saber la verdad pero lo cierto es que cuando se produjo la explosión, el dispositivo de dirección, la parte más importante del proyectil, había sido cambiado por otro aparato sin ningún valor.

—El asunto es grave —comentó Craig.

—Es terrible, porque si el dispositivo pudo ser cambiado, el traidor es un hombre importante y por lo tanto, está al corriente de

todos los asuntos secretos de la base de Coronado Sands.

—¿Tiene Vd., alguna sospecha?

—Tengo muchas sospechas, Craig... y alrededor de unos veinte sospechosos, la mitad de los cuales murieron en las explosiones de la base.

—En este caso, solamente le quedan diez sospechosos.

—No lo creas, porque el traidor pudo ser uno de los hombres que murieron.

—Es cierto.

—Durante estos tres meses, hemos trabajado duramente, reconstruyendo todo lo que ocurrió; el laboratorio del F. B. I.,

no ha tenido un momento de descanso y al final se ha logrado saber que el dispositivo de dirección fue sustituido por otro, que no hubiese servido para nada.

Craig se frotó el mentón con el dorso de la mano y después de una larga pausa, durante la cual fue ordenando sus ideas, dijo:

—Es de suponer que los siete hombres que penetraron en la base, no tenían otra misión que destruir el proyectil y sembrar el pánico en la base.

—Sí y por esta razón dispararon también contra las cisternas de combustible —admitió el inspector.

—Pero el verdadero motivo de todo el plan, era apoderarse del dispositivo de dirección del proyectil, cosa que tenía que hacer alguien introducido en la base...

—Y lo hizo —añadió el inspector.

—Ahora hay que descubrir al traidor y recobrar el dispositivo.

—Sí.

—Han transcurrido tres meses y es muy posible que el dispositivo esté fuera de los Estados Unidos.

—No... sabemos con toda seguridad de que el cambio del dispositivo de dirección, se efectuó una hora antes de la destrucción del proyectil...

—¿Está probado? —interrumpió Craig.

—Tengo las declaraciones de tres hombres y no hay ninguna duda; el verdadero dispositivo estaba en el proyectil una hora antes de su destrucción.

—Bien.

—Y desde tres horas antes, nada ni nadie había salido de la base. Como es lógico, tampoco salió nada ni nadie después de las explosiones —siguió diciendo el inspector.

—Por lo tanto, el verdadero dispositivo tiene que estar en Coronado Sands.

—Sí, porque aunque salieron muchos hombres, después de ser interrogados y registrados, nada salió de la base.

—¿Cómo es el dispositivo robado?

—Bastante pesado... exactamente pesa ciento setenta y seis libras, es de forma cilíndrica y tiene una longitud de cinco pies; es como un pequeño torpedo.

—Pero debe ser fácil de esconder, porque Vd., y los hombres de la base no lo han encontrado.

—Aparecerá... y tú te encargarás de encontrarlo. Hasta que no aparezca, toda la base de Coronado Sands estará bajo vigilancia militar.

—¿Qué hay de los planos del dispositivo? —preguntó Craig.

—Están en la base.

—Me gustaría examinarlos.

—Podrás hacerlo mañana por la mañana, porque te llevaré hasta Coronado Sands, para que puedas ver lo que nosotros ya llamamos «el campo de batalla».

—¿Cuántos hombres murieron en total? —preguntó el agente especial.

—Treinta y dos de la base... más siete desconocidos que penetraron en ella después de cortar las dos primeras alambradas, al cavar una zanja por debajo de la tercera alambrada electrificada y de abrir un paso en el campo minado.

—¿Cómo murieron?

—Al huir debieron cometer un error y en lugar de seguir el camino que habían abierto, penetraron en la zona minada. Algunos empleados de la base, al producirse las explosiones corrieron en todas direcciones y tres o cuatro entraron en el campo minado... y éste estalló.

—¿Por completo?

—Sí... todas las minas explotaron, porque sobre ellas cayeron además grandes cantidades de cascotes procedentes de las explosiones.

—¿Qué sabe Vd., de los siete hombres que penetraron en la base?

—Nada... quedaron destrozados y aquello era una completa carnicería.

—Quizás el dispositivo de dirección salió de la base por el mismo camino que usaron los siete atacantes.

El inspector movió la cabeza negativamente y contestó.

—Pensé lo mismo que tú, pero nada salió de la base.

—En este caso, mañana recorreré la base y también examinaré la lista de los sospechosos.

—Te la daré ahora mismo.

—Incluyendo los nombres de los hombres que murieron en las explosiones.

—Sí.

El inspector abrió uno de los cajones de su mesa y entregó un papel a Craig, que dijo:

—Debo ir a hablar con Prentiss.

—Creo que es una pérdida de tiempo, porque Masón es un perfecto canalla. No obstante, dispones de tiempo y puedes emplearlo con el periodista; quizás logres saber algo importante, aunque lo dudo.

—¿Por qué dejó Parsons la base de Coronado Sands? —preguntó Craig, guardándose el papel que le había dado el inspector.

—Depresión nerviosa... sufrió un verdadero ataque de nervios al ver a sus compañeros de trabajo destrozados por las explosiones. No se apartó de los ataúdes de las víctimas hasta que se celebró la ceremonia fúnebre en el cementerio de Imperial Falls.

—¿Por qué fue detenido Masón...? ¿Qué pruebas había contra él?

—Noah Masón fue hallado al lado del cadáver de Parsons, en la vivienda de éste, con una pistola automática en la mano y recién disparada. Para la policía de Imperial Falls la cosa estaba clara y como Masón no negó nada, lo detuvieron y más tarde fue llevado a juicio.

—Y como es natural, un abogado no tuvo muchas dificultades en demostrar su inocencia.

—No tuvo ninguna... y además, dejó en muy mal lugar a la policía de Imperial Falls, porque demostró que Parsons no había

sido asesinado con un proyectil de pistola automática, sino con una bala de revólver.

—¿De qué calibre?

—38.

—Masón podía tener una pistola y un revólver... y lanzar éste después de asesinar a Parsons.

—El fiscal dijo lo mismo, pero el abogado demostró que no se había encontrado ningún revólver por los alrededores.

—¿Cómo pudo la policía cometer una equivocación tan grande?

—El Departamento de policía de Imperial Falls es reducido y no tiene medios... Creo que se dejaron impresionar por los hechos y por las declaraciones de Masón.

—¿Qué puede saber éste?

—Nada, pero tiene miedo. Mañana, antes de ir a la base, le haremos una visita.

—Es un individuo desagradable... hoy quería que yo matase a una mujer.

—¿Porqué?

Craig relató lo ocurrido aquella mañana en la habitación del viejo hotel y el inspector escuchó en silencio.

—Hiciste bien... la mujer se dejó arrastrar por el deseo de venganza y debo decirte que lo encuentro natural, porque las declaraciones de Masón al «Sun», son capaces de remover el estómago a cualquiera —dijo por último Berry, cuando el agente especial terminó su relato.

—Debo ir al «Pacific Hotel», para entrevistarme con Shine Prentiss —contestó Craig, después de lanzar una mirada a su reloj.

—Mañana te espero a las ocho.

—Bien.

—Y examina la lista que te he dado; al lado de los hombres que murieron en las explosiones encontrarás una cruz.

—Bien.

—Y las direcciones de cada uno de los hombres, tanto de los vivos como de los muertos.

—De acuerdo, inspector... hasta mañana a las ocho.

—¿Dónde estás alojado, Craig? Hemos hablado de muchas cosas, pero no me has dicho dónde puedo encontrarte.

—En el «Magestic Palace», allí dejé el equipaje y el coche que

me prestaron en Los Ángeles.

—Es un buen lugar.

—Habitación 322.

—Hasta mañana —dijo el inspector con aire cansado.

Eran exactamente las ocho y doce minutos cuando Craig Felter entró en el amplio vestíbulo del «Pacific Hotel».

—¿Ha llegado míster Prentiss? —preguntó al empleado que estaba en recepción.

—Sí... pero va a salir otra vez. Tiene su automóvil en la puerta.

—Tengo que hablar con él —dijo Craig, mostrando su credencial al empleado.

—Se lo diré, señor —contestó éste, llamando a la habitación del periodista por el teléfono interior.

Craig oyó con toda claridad la voz de Prentiss, que desde su habitación contestó.

—Prentiss al habla.

—Un agente del

F. B. I.,

quiere hablar con Vd.

—Bien... no tardaré mucho en bajar.

El empleado colgó el teléfono y dijo:

—Ha dicho...

—Lo he oído claramente, muchas gracias —interrumpió Craig.

Se acomodó en uno de los sillones del vestíbulo, encendió un cigarrillo y esperó.

Cinco minutos más tarde, un hombre de unos treinta años, alto, delgado y vestido con prendas cómodas y de deporte, salió del ascensor, llevando colgada del hombro derecho una abultada cartera.

De su cuello pendía una excelente cámara fotográfica y se dirigió directamente hacia el mostrador de recepción.

Craig se levantó y llamó.

—Prentiss.

El hombre se detuvo antes de llegar al mostrador y miró al agente del

F. B. I.

Éste se acercó al periodista y le dijo.

—Mi nombre es Craig Felter y pertenezco al

F. B. I.

—¿Qué ocurre, Felter? ¿He violado alguna de las muchas leyes federales? —preguntó Prentiss sonriendo.

—No, al menos que yo sepa. Quiero hablar con Vd., de Noah Masón y su siniestro relato.

—¿Ha leído Vd., la primera parte?

—No...

—La segunda será mejor, porque resultará una verdadera bomba.

—¿Mató realmente Masón a Parsons?

—No.

—En este caso, la revista «Sun» ha pagado treinta mil dólares por el relato de un embustero.

—Mañana quizás pueda darle algunas explicaciones, Felter, pero ahora no puedo decirle nada más. Tengo una entrevista y creo que voy a saber muchas cosas.

—¿Relacionadas con las explosiones de la base de Coronado Sands? —preguntó Craig, dejándose arrastrar por una corazonada.

—Es muy posible... pero no puedo asegurar nada.

—Cuidado, Prentiss —advirtió el agente especial—. Si Vd., tiene pruebas o información sobre lo ocurrido, se juega algo más que su profesión de periodista.

—Lo sé, Felter y puede Vd., tener la seguridad de que no ocultaré nada al

F. B. I.;

tampoco publicaré nada que Vd., no haya visto.

Craig comprendió que Shine Prentiss era un periodista honrado y responsable, que no buscaría un relato sensacionalista si con él causaba un daño a su patria.

—Mi deber es tener informado al público de los Estados Unidos, pero también sé que tengo otro deber; el de velar por la seguridad de mi patria —añadió Prentiss.

—¿Por qué no me adelanta algo? —preguntó Craig, mientras se dirigían hacia la salida del hotel.

—Solamente le diré que Masón sabe algo... y que espera dinero por mantener la boca callada.

—¿Algo sobre qué?

—Sobre lo que pasó en la Base.

Habían salido del edificio y Prentiss se detuvo, para seguir diciendo.

—Por el momento no tengo pruebas de ninguna clase, pero quizás mañana las tenga. Bien, hasta mañana.

Sacudió la mano izquierda y cruzó la calle para abrir la portezuela de su coche.

El agente especial permaneció en la acera opuesta, delante del hotel, observando al periodista.

Oyó el ruido del motor al ponerse en marcha y vio el sonriente rostro de Shine Prentiss.

Y bruscamente, una potente explosión sacudió la calle y una fuerte llamarada envolvió el coche del periodista.

Los cristales de muchas puertas y ventanas saltaron hechos añicos y la fuerza del aire desplazado por la explosión lanzó a Craig contra la pared.

El agente especial del
F. B. I.,

quedó aturdido y hasta él llegó el penetrante olor de la cordita.

Se incorporó, pensando que el coche de Prentiss había estallado cuando el periodista pisó el pedal del embrague.

—Dinamita...

El coche de Prentiss era solamente un montón de chatarra... y el periodista había muerto.

Y sobre ello no quedaba ninguna duda, porque la cabeza de Prentiss había quedado casi separada del tronco.

Craig penetró en el hotel y llamó al inspector Vincent A. Berry.

CAPÍTULO V

El inspector llegó cuando Craig aún estaba aturdido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Berry.

—Prentiss dinamita en su coche. Pisó el pedal del embrague y estalló...

—Vamos hacia el bar, porque necesitas un trago.

—No... ¿Tiene su coche cerca?

—A unas cincuenta yardas.

—Vamos.

—¿A dónde?

—Al hotel de la parte vieja... a la habitación de Masón.

—¿Qué es lo que crees? —preguntó el inspector mientras salían del edificio.

Una ambulancia terminaba de llegar y los restos del coche de Prentiss estaban rodeados por la policía y por media docena de bomberos que trataban de rescatar el cadáver del periodista.

Otros policías mantenían a distancia a los curiosos.

—Creo que Masón tenía motivos para estar asustado. Por lo que me dijo Prentiss, Masón sabe algo importante y había pedido dinero a alguien a cambio de su silencio.

—Muy propio del tal Masón... entra, mucho me temo que yo haya cometido un gran error al no creer a Masón —dijo el inspector abriendo la portezuela de su coche.

Craig sacudió la cabeza, como si quisiera recobrar la claridad de sus pensamientos y después entró en el coche del inspector.

Éste demostró que era un excelente conductor y que sus reflejos estaban en perfectas condiciones, porque condujo el coche a gran velocidad a través de toda la ciudad.

Se detuvo delante del hotel y los dos hombres del

F. B. I.,

saltaron, como si los asientos del coche estuviesen al rojo vivo...

No había nadie en el sucio mostrador del vestíbulo y Craig se dirigió hacia el primer piso, mientras en su mano aparecía una «Magnum 357».

El inspector Berry iba detrás y también empuñaba una pistola.

En aquellos momentos, los dos hombres del

F. B. I.,

pensaban lo mismo.

Que se habían equivocado al creer que Masón no sabía nada y que solamente deseaba protección, porque tenía miedo a las amenazas que le llegaban por carta.

Craig se detuvo al llegar ante la puerta de la habitación número 14.

El inspector se reunió con él y ambos vieron que la puerta permanecía entornada.

—Creo que hemos llegado tarde —dijo Craig.

—Mucho me temo que tengas razón.

—Cuidado, voy a entrar —dijo el agente especial, empujando la puerta con la punta del zapato.

Los mal engrasados goznes rechinaron con fuerza... pero ningún sonido se produjo dentro de la habitación.

Craig, con la potente «Magnum» en la mano y el dedo sobre el gatillo penetró en la habitación, mientras el inspector se colocaba de forma que pudiese cubrir a su agente.

—No hay nadie —dijo Craig.

Se dirigió hacia el cuarto de baño y el inspector entró en la sucia habitación.

—Inspector —llamó Craig, enfundando la pistola.

—¿Muerto? —preguntó solamente Berry, adivinando lo que el agente había encontrado en el baño.

—Dos balazos en el pecho... y está dentro de la bañera.

—Llama a la oficina... mejor dicho, examina el cadáver y la habitación, yo hablaré con Dexter Morris y le daré instrucciones. Morris se encargará de todo, incluso de llamar a la policía, aunque desde este momento nosotros nos haremos cargo de los asesinatos de Masón y de Prentiss.

—¿Qué dirá la policía de Imperial Falls...?, son dos asesinatos

sin otras complicaciones y hasta ahora, no hay violación de ninguna ley federal.

—Fred Gordon, el jefe de policía de esta ciudad, es un hombre tranquilo, amante de la buena vida, de la buena música... y enemigo de las complicaciones. Creo que respirará aliviado cuando sepa que nosotros nos haremos cargo de todo.

Mientras el inspector establecía comunicación con la oficina del F. B. I.

Craig examinó con gran cuidado el cadáver de Noah Masón.

—¡Hum! —Gruñó el agente, al comprobar que Masón, antes de morir había sido golpeado de una forma brutal.

El cadáver solamente llevaba los pantalones y estaba doblado por la cintura con la cabeza y el torso dentro de la bañera vacía.

Las piernas habían quedado fuera... y el asesino le había quitado los zapatos y los calcetines.

Los zapatos estaban en un rincón, completamente destrozados, como si ellos hubiesen buscado algo de mucho valor.

También habían sido desgarrados los bajos del pantalón y los bolsillos estaban al revés.

Craig no tocó el cadáver y salió del cuarto de baño, diciendo:

—Torturaron a Masón... y no debió pasarlo muy bien antes de morir.

El inspector colgó el teléfono y contestó.

—Morris y los demás agentes no tardarán en llegar. Sacarán las fotos, buscarán huellas y examinarán el cuerpo de Masón... pero tú y yo podemos empezar a trabajar.

Craig asintió con la cabeza y regresó al cuarto de baño, mientras Berry se encargaba de examinar la habitación.

El agente especial encontró dos cápsulas vacías y las recogió con gran cuidado, usando el pañuelo, porque no sería la primera vez que en una cápsula habían aparecido huellas dactilares.

—Inspector... —llamó Craig.

—¿Qué ocurre? —preguntó Berry acercándose al baño.

—Mire —contestó solamente Craig, mostrando las cápsulas.

—Nagan... —dijo el inspector.

—Sí... y Jackson Parsons también fue abatido con un arma de la misma clase.

—Tendremos que mandar los proyectiles al Departamento de

Balística —dijo Berry.

—Empiezo a creer que el asesinato de Parsons sí estuvo relacionado con las explosiones de la base de Coronado Sands.

—Sí... y yo empiezo a creer que me hago viejo o que me estoy volviendo estúpido, porque no fui capaz de comprender que Masón sabía algo.

—Es fácil cometer un error cuando se tiene que tratar con tipos como Masón. ¿Qué razón dio él para justificar sus deseos de matar a Parsons?

—Dijo que Parsons le había quitado una novia...

—¡Hum!

—Y era cierto. Parece ser que Parsons era un mujeriego, capaz de correr detrás de unas hermosas piernas. No se casó, pero tuvo una gran cantidad de líos con toda clase de mujeres.

—Todo el mundo tiene alguna debilidad —comentó Craig, mirando a su alrededor. Debo confesarte que no me preocupé mucho del asunto Parsons, y yo tenía que haber sospechado la verdad.

—¿Dónde fue asesinado Parsons? —preguntó Craig, después de asegurarse de que la habitación no había nada importante, que sirviese para descubrir la identidad del asesino.

—En su casa... en las afueras de Imperial Falls. Jackson Parsons era un hombre rico, que poseía una gran cantidad de dinero y disponía de una elegante casa, que nada tiene que envidiar a las mejores residencias de las estrellas del cine.

—¿Tenía familia? —preguntó Craig, pensando en Valerie Reynolds.

—Creo que tenía un hermano, pero no estaba en los Estados Unidos cuando se cometió el asesinato. Debo confesarte que no me preocupé mucho del asunto Parsons, pero ahora será diferente y pondré un par de hombres a trabajar.

—Sí... —murmuró solamente Craig, que mantenía el ceño fruncido.

Trataba de adivinar lo que había buscado el hombre que había asesinado a Masón.

Ignoraba lo que éste sabía y por lo tanto, también desconocía lo que el asesino buscaba.

El viejo hotel se llenó de voces y el agente especial Dexter

Morris apareció acompañado por otros hombres del F. B. I.

—Hemos encontrado a un hombre detrás del mostrador... ahora está recobrando el conocimiento. Parece ser que le dieron un golpe en la cabeza —dijo Morris.

—Iré a charlar con él, debe ser mi viejo conocido de ojos saltones —contestó Craig.

—Buscad huellas... sacad fotografías y quiero los proyectiles que acabaron con la vida de Masón. Además, hay que investigar el asesinato de Prentiss y también hay que mandar a Balística el proyectil que mató a Parsons —ordenó el inspector, mientras Craig salía de la habitación.

—Sí, señor —contestó Morris.

Craig llegó al vestíbulo y encontró al empleado de los ojos saltones apoyado en el mostrador, frotándose la nuca y emitiendo gruñidos de dolor.

—¿Qué te pasó, muchacho? —preguntó Craig.

Había un agente del

F. B. I.,

cerca de la puerta y saludó a Craig con la mano.

—Me golpearon... sí, señor, me golpearon por la espalda —contestó el empleado sin dejar de frotarse la nuca.

—Tiene un buen chichón —comentó el agente que estaba al lado de la entrada.

—¿Cuándo te golpearon? —preguntó Craig.

—No lo sé... creo que eran cerca de las ocho de la noche... sí... las ocho, porque recuerdo que hacía solamente un par de minutos que había salido el tipo de la treinta...

—¿Quién es el hombre de la treinta? —interrumpió Craig.

—James... James Kewan... trabaja en un cine y cada noche sale un poco antes de las ocho... entra a trabajar a esa hora...

—Adelante —dijo Craig, al ver que el empleado se interrumpía.

—Sí... eran las ocho... James tropezó con la mujer...

—¿Qué mujer? —preguntó Craig, frunciendo el ceño.

—La que entraba cuando James salía... una mujer rubia... alta y muy bella...

—¿Qué hizo la mujer?

—Se acercó al mostrador... sonrió y sin querer derribó el libro

del registro... salí para recogerlo y ella continuó sonriendo...

—¿Era la mujer que te había dado cinco dólares esta misma mañana? —preguntó Craig, pensando en Valerie.

—No... pero era tan hermosa como ella...

—Sigue.

—Estaba inclinado sobre el suelo, para recoger el libro, cuando algo pareció estallar dentro de mi cabeza. Todo se volvió negro y ya no sé nada más.

—Lo golpearon en la nuca con el cañón de un revólver o de una pistola y después lo arrastraron, hasta dejarlo detrás del mostrador —aclaró el agente que se encargaba de vigilar el vestíbulo.

—Y tuvo suerte, porque lo más lógico es que le hubiesen alojado un balazo en la cabeza. ¿Serías capaz de reconocer a la mujer? —preguntó Craig.

—Sí —contestó el empleado sin ningún titubeo.

—Bien.

El inspector se reunió con Craig, diciendo.

—Ya están trabajando... espero que encuentren algo importante.

—Una mujer debió servir de cebo, pero ese hombre asegura que es capaz de reconocerla —contestó Craig.

—Lo tendremos en cuenta.

—¿Puedo acostarme? —preguntó el empleado.

—Sí, pero no salgas de la ciudad —contestó el inspector.

Cuando el empleado desapareció, Craig dijo:

—Creo que tendríamos que ir al «Pacific Hotel», para registrar las cosas de Prentiss. Quizás allí encontremos algo.

—Vamos.

Abandonaron el viejo hotel y se trasladaron al «Pacific».

El destrozado coche de Prentiss aún no había sido retirado, aunque sí se habían llevado el cadáver del periodista.

Un empleado los llevó hasta la habitación que había ocupado Prentiss, pero en ella no encontraron nada.

Craig se dedicó a interrogar a los empleados del hotel y a la muchacha encargada de la centralita telefónica.

Pero no logró nada.

Eran las once de la noche cuando el inspector dijo:

—Debemos ir a descansar, mañana hay que madrugar... y quizás la almohada nos ayude a pensar.

—Sí... pero antes debo hacer una visita.

—A una mujer.

—Es usted un hombre muy listo, inspector.

—Soy un viejo zorro... y conozco a los hombres.

—Hasta mañana, inspector.

—Cuidado con las mujeres, Craig... recuerda que el empleado del hotel tiene un hermoso chichón en la nuca.

Craig se limitó a sonreír y se alejó del inspector.

El agente especial del

F. B. I.,

se detuvo delante del número 210 de Mimosa Street, pensando que ya era demasiado tarde para visitar a Valerie.

La tienda estaba cerrada y no había luz en el interior de la casa; tampoco había ventanas iluminadas en el primer piso.

—Se habrá cansado de esperar y estará durmiendo... son cerca de las once y treinta —murmuró Craig, después de lanzar una mirada a su reloj.

Iba a alejarse cuando la puerta de la tienda de modas se abrió para dejar paso a Valerie.

—Craig —llamó ella, sin levantar demasiado la voz.

El agente especial del

F. B. I.,

acortó la distancia que lo separaba de la bella pelirroja diciendo:

—Creí que estarías durmiendo.

—No... Estaba detrás del escaparate, observando la calle y te vi llegar. Pasa, todo está listo.

—Es muy tarde...

—No te preocupes. ¿Has cenado?

Valerle cerró la puerta y se movió en la oscuridad. Craig oyó el chirrido de una cortina al cerrarse y la voz de Valerie aclaró:

—Nadie nos podrá ver desde la calle... voy a encender una luz.

Una pequeña lámpara colocada sobre un extremo del mostrador se encendió y Valerie mostró alegremente la perfección de sus dientes... y lo atractivo de su sonrisa.

—Si no has cenado, en el piso superior tengo algo, nada importante, pero lo he preparado para ti... y para mí, porque tampoco he cenado.

—No, no he cenado... y soy capaz de comerme cualquier cosa, siempre que me acompañes.

—He tenido mucho trabajo... a última hora llegaron unas clientes y tuve que abrir muchas cajas y mostrar una gran cantidad de prendas y...

—La tienda la tienes limpia y ordenada —interrumpió Craig.

—Terminé de ponerlo todo en orden hace menos de media hora... y tengo hambre.

—Y yo.

Valerie se acercó al agente especial y apoyando sus manos en el brazo de él, casi se pegó a su cuerpo, diciendo en un susurro:

—He pasado mucho miedo, Craig.

—¿Por qué? —preguntó éste sonriendo.

—Por ti... me he enterado de la explosión del coche del periodista Prentiss... pero hasta que no supe la verdad, pasé miedo... temí que te hubiera ocurrido algo... oí la explosión y después me dijeron que había muerto un hombre y...

Las manos de Craig se apoyaron en las amplias caderas de Valerie y la besó suavemente en los labios.

—Gracias por preocuparte por mí... y ahora vamos a preocuparnos de nuestros estómagos.

—¡Oh, sí! —exclamó Valerie.

Craig no dijo a la hermosa mujer que Noah Masón había sido asesinado.

—Sígueme... hay una escalera interior que conduce al piso de arriba —dijo Valerie.

Poco después, Craig tenía la oportunidad de comprobar el buen gusto de Valerie Reynolds.

El piso superior estaba decorado con gusto y delicadeza; los muebles eran caros y buenos, lo que indicaba que Valerie, además de buen gusto, tenía dinero.

—La cena es fría... y beberemos cerveza —dijo Valerie, mientras preparaba una pequeña mesa que ocupaba el centro de una amplia habitación.

Craig asintió con la cabeza y tomando asiento en un sofá, se dedicó a observar los elegantes movimientos de Valerie.

CAPÍTULO VI

ERES una gran cocinera —dijo Craig, después de limpiarse los labios con una servilleta de papel.

—Te estás burlando de mí; todo lo que hemos comido procedía de latas o eran fiambres —contestó Valerie.

—Pero estaba arreglado con mucho gusto —dijo el agente especial.

—Soy una cocinera excelente... pero como todas las cocineras, necesito tiempo para preparar mis especialidades. Debes saber que pensaba abrir una casa de comidas...

—No lo dudo.

—¿Mañana podrás comer conmigo?

—Lo siento, Valerie, pero será imposible.

—¿Qué ocurre Craig? —preguntó ella.

—Esta noche han asesinado a Noah Masón. Valerie frunció el ceño y sus labios se curvaron de una forma extraña, sin que llegasen a formar una sonrisa ni tampoco una mueca de disgusto.

A Craig le pareció una mueca de asombro y desconcierto.

—No puedo decir que lo siento... sus declaraciones en la revista Sun eran capaces de enfermar a cualquiera... y es muy posible que alguien se haya dejado arrastrar por...

—No, Valerie. A Masón lo golpearon y torturaron antes de alojarle dos proyectiles en el pecho.

—¡Oh! —exclamó Valerie.

—Masón sabía algo importante y pedía dinero para mantener la boca cerrada... y se la han cerrado para siempre —siguió diciendo Craig.

—¿Qué podía saber? —preguntó Valerie.

—No lo sabemos, pero creo que él conocía la verdadera

identidad del hombre que asesinó a Jackson Parsons.

—¿Pero el asesino fue Masón...! —exclamó Valerie—... tuvo suerte, porque Fred Gordon es un estúpido y cometió toda clase de equivocaciones.

—Más respeto a la policía, Valerie —comentó burlonamente el agente especial.

—Es cierto, Craig. Gordon no sirve para nada... logró el cargo de jefe de policía gracias a sus parientes.

—Cometió un error... y creo que tuvo suerte, porque si Masón no hubiese vendido sus falsas confesiones al Sun, habría demandado al Departamento de Policía de Imperial Falls.

—¿Quién mató a Jackson? —preguntó Valerie.

—No lo sabemos... pero puedes tener la seguridad de que el asesino será detenido.

—¿Por qué han asesinado a Prentiss?

—No lo sé...

—Tú estabas cerca... ¿Verdad?

—Sí... terminaba de hablar con él.

—Pobre hombre.

—Me gustaría hacerte unas preguntas.

—¿De qué clase? —preguntó ella.

—En primer lugar, sobre tu tío Jackson... y después, sobre ti.

—Bien... toma asiento en el sofá y déjame que retire los platos y los vasos. ¿Quieres café?

—No, gracias. ¿Puedo ayudarte?

—No es necesario.

Valerie se dio prisa en recoger todas las cosas que había sobre la mesa y poco después, con una amplia sonrisa en los labios... y una falda mucho más corta que la usada por la mañana, fue a sentarse al lado de Craig.

Desde el sofá apagó las luces de la estancia, dejando solamente una pequeña lámpara encendida.

El color de la pantalla había sido cuidadosamente elegido, para que su luz dejase la amplia habitación sumida en una agradable penumbra.

—Me recuerdas a las mujeres del planeta Marte —dijo el agente especial, cuando Valerie quedó a su derecha, muy pegada al cuerpo de él como si la hermosa mujer tuviese frío.

—¿Por qué?

—Tienes un delicioso color verde.

—La pantalla de la lámpara es verde... y no creo que hayas visto muchas mujeres marcianas.

—Tienes razón, pero siempre me las imagino de color verde... y sin piernas.

—Yo tengo dos —aclaró Valerie, como si Craig pudiese tener alguna duda.

—Lo sé... y las veo —contestó el agente especial.

Valerie no trató de cubrirlas y se limitó a sonreír, porque ella conocía perfectamente las cortas limitaciones de su falda.

—Craig... creo que quieres hacerme unas preguntas sobre tío Jackson.

—Sí —contestó el agente del

F. B. I.

—... me gustaría conocer algo de él.

—¿Por qué?

—Porque tengo la seguridad de que fue asesinado por algo que tenía relación con la base de Coronado Sands.

—Dejó de trabajar allí un mes después de las explosiones. Él era muy impresionable y la muerte de tantos hombres, entre los que había muchos amigos suyos.

—Es lógico.

—Tío Jackson era un hombre muy especial. A veces resultaba terriblemente violento y otras, por el contrario era agradable y lleno de ternura.

—Y también era mujeriego.

Valerie sonrió y se acercó un poco más a Craig, diciendo:

—Le gustaban las mujeres, lo que resultaba comprensible en un hombre soltero.

—¿Tenía familia?

—Un hermano. Es un importante exportador y desde hace muchos años vive en Hong Kong... él es el único heredero de Jackson Parsons; he sabido que está en Imperial Falls, pero no lo he visto, porque mi padre tenía amistad con tío Jackson... y además, éste no hablaba muy bien de su hermano.

—¿Por qué?

—Nunca se llevaron bien... no estoy segura, pero me parece

recordar que solamente eran hermanos a medias.

—¿A medias?

—Sí... hermanos de padre.

—Comprendo.

—El padre de tío Jackson se casó dos veces; del primer matrimonio nació tío Jackson y del segundo nació Bruce... así se llama el exportador.

—¿Sabes dónde está alojado?

—En la residencia de tío Jackson. No olvides que Bruce Parsons es el heredero legal.

—¿Jackson hizo testamento?

—No lo creo, porque era un hombre que nunca pensaba en la muerte.

—Y toda su fortuna ha ido a parar a manos de su hermano, al que no soportaba. A veces, el destino tiene bromas muy extrañas.

—Sí.

—¿Qué opinas tú del asesinato de Jackson?

—Nada... creí que había sido Masón, pero ahora estoy desconcertada, no tengo idea de quién pudo asesinar a tío Jackson.

—Acabaremos descubriendo la verdad —aseguró Craig sin ninguna duda.

—Pero tío Jackson ha muerto...

—Debo dejarte; Valerie... y lo siento, porque tu compañía es muy agradable —dijo Craig, poniéndose en pie.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Mañana... por la noche.

—Te deseo mucha suerte —dijo Valerie, mientras se levantaba.

Acompañó al agente hasta la salida posterior del edificio y con la mayor naturalidad le ofreció los labios para que él los besase.

Craig lo hizo... y alargó el beso de despedida sin que Valerie tratase de poner fin a la caricia.

—Debes tener cuidado, Craig —susurró ella.

—Me cuidaré.

—Hasta mañana... y si llegas muy tarde, puedes llamar por esta parte del edificio.

—Hasta mañana... y gracias por todo.

Craig se alejó del edificio y caminó lentamente hacia el «Magestic Palace», pensando que cuando regresase a la base de

Coronado Sands, tendría que hacer una visita a Bruce Parsons, porque quería examinar la residencia donde Jackson había sido asesinado.

Aquella noche, Craig tardó en dormirse, porque su mente estaba llena de preguntas.

... Y cuando se durmió, ninguna de ellas había tenido respuesta.

Después de los tres meses transcurridos desde las explosiones que arrasaron una gran parte de la base de Coronado Sands, apenas quedaban huellas de la destrucción.

—Los hombres de la base han trabajado duramente... y también nosotros —dijo el inspector Vincent A. Berry, cuando el coche penetró en Coronado Sands, después de haber franqueado los diversos controles.

—La vigilancia es ahora muy rígida —contestó Craig.

El conducía el coche y el inspector iba sentado a su lado. Durante el recorrido de las treinta millas que separaban la base de la ciudad, el agente especial había explicado al inspector lo que Valerie le había dicho la noche anterior.

—Iré a hacer una visita a Bruce Parsons —dijo Craig.

—Bien, pero no creo que él pueda decirte nada. No olvides que ha estado ausente de los Estados Unidos durante muchos años.

—Es posible que haya encontrado algo importante entre los papeles de su hermano.

—Cuando Jackson dejó la base, no se llevó ningún documento. Era ayudante y aunque tenía acceso a todas partes, no se le podía considerar un hombre importante.

El coche seguía rodando mientras los dos hombres hablaban. Conducía Craig y lo hacía con rapidez y seguridad.

—Creo que Masón estaba oculto en la residencia de Parsons, esperando el momento de disparar contra él, pero alguien se le adelantó y él lo vio todo...

—Es posible.

—Después, Masón se dejó detener sin ofrecer resistencia, pensando que de aquella situación podría obtener dinero... incluso demandando al Departamento de Policía de la ciudad...

—Masón era capaz de cualquier cosa —aseguró el inspector.

—Pero apareció Shine Prentiss y le ofreció treinta mil dólares por su confesión... y Masón aceptó, pensando que después podría

sacar más dinero al verdadero asesino.

—Estoy de acuerdo contigo, porque si Masón hubiese demandando al Departamento de Policía, no habría logrado nada.

—Masón se puso en contacto con el asesino y le dijo que él callaría... a cambio de cierta cantidad...

—Y el asesino, en lugar de dinero, le alojó un par de proyectiles en el pecho.

—Y después mató a Prentiss, quizás porque creyó que el periodista, al haber escuchado la falsa confesión de Masón, estaba también enterado de la verdad.

—Sigue hablando —dijo el inspector, que prestaba un gran interés a las palabras del agente.

—Sabemos que Masón no mató a Parsons... y también sabemos que éste fue asesinado con un proyectil disparado por un revólver del calibre 38.

—El proyectil que acabó con Parsons, así como los que causaron la muerte de Masón están ya en el Departamento de Balística de San Francisco. Tendremos un informe cuando regresemos a Imperial Falls —dijo el inspector.

—Lo que debemos buscar ahora, es el motivo por el que fue asesinado Parsons.

—... Y tenemos que buscar y encontrar el dispositivo de dirección, así como debemos descubrir al hombre que desde el interior de la base, colocó las cargas explosivas que hicieron estallar los depósitos de torpedos y municiones —añadió Berry.

—Tengo la seguridad de que todo está estrechamente relacionado.

—¿Has examinado la lista que te di? —preguntó el inspector.

—Aún no... la tarde y la noche de ayer fueron muy agitadas —contestó Craig.

Penetraron en Coronado Sands y Craig, siguiendo las indicaciones del inspector detuvo el coche ante un alargado barracón.

—Hemos llegado —dijo Berry.

Poco después, el inspector y el agente especial se hallaban en un laboratorio, donde Berry fue mostrando a Craig los resultados obtenidos después de aquellos tres meses de duro trabajo.

—Se han reconstruido todas las piezas del proyectil submarino...

bien, todas las que hemos podido y así llegamos a saber que el dispositivo de dirección había sido cambiado... también encontramos rastros de las cargas explosivas colocadas en los depósitos de municiones y de torpedos. Fueron bombas de relojería, de gran potencia... y construidas dentro de esta base.

—¿Está seguro? —preguntó Craig.

—Sí, completamente seguro.

—Creí que todo el material empleado para la destrucción era de procedencia soviética —comentó Craig.

—Lo era el que llevaban los siete hombres que penetraron en la base, pero no el que se usó para destruir los depósitos —dijo el inspector.

—Todo fue planeado perfectamente... y el hombre que lo planeó, no dudó en sacrificar un montón de hombres, incluyendo a sus siete cómplices.

—Carnada para tiburones... solamente sirvieron para carnada —dijo el inspector, ignorando que repetía las palabras que otro hombre había pronunciado unos meses antes, en un país bastante alejado de la costa de California.

—Supongo que para él, la posesión del dispositivo de dirección era muy importante... mucho más que la vida de treinta y nueve hombres, sin contar con los tres asesinatos cometidos después del sabotaje —comentó Craig.

—No hay ninguna duda sobre lo ocurrido y debemos encontrar al traidor... si aún vive, porque cuando hayamos descubierto al hombre que colocó las cargas en los depósitos y efectuó la sustitución del dispositivo de dirección, tendremos la posibilidad de recobrar éste.

—Quiero ver los planos, inspector —dijo Craig.

—Vamos al despacho del comandante en jefe de la base —contestó Berry.

Craig Felter se olvidó de que pertenecía al
F. B. I.,

para convertirse en Craig Felter, ingeniero electrónico.

Desde el momento que se inclinó sobre los planos del dispositivo de dirección, con una regla de cálculo en las manos, Craig se olvidó de todo para pensar solamente en el trabajo que estaba realizando.

El comandante de la base y el inspector Berry lo dejaron solo y Craig no se dio cuenta de ello.

Media hora después de haber empezado a examinar los planos, el agente del

F. B. I.,

se había quitado la americana, se despojó de la corbata y también había doblado las mangas de la camisa hasta los codos.

—Asombroso —murmuró entre dientes, cuando ya llevaba dos horas comprobando los planos y después de hacer una gran cantidad de cálculos.

Se incorporó, apoyando las manos en sus riñones y dejando escapar un gruñido de dolor.

Había permanecido algo más de dos horas inclinado sobre la mesa donde estaban extendidos los planos.

Se acercó a la puerta del despacho y la abrió.

—Creí que te habías muerto —comentó solamente el inspector, que permanecía sentado en una silla, examinando varias carpetas llenas de documentos.

—Estoy vivo y necesito café... y después de fumarme un cigarrillo, quiero hablar con usted y con el comandante de la base.

—¿Qué ocurre? —preguntó el inspector alarmado.

—Algo muy grave... los planos han sido falseados. En ellos hay varios cambios efectuados por alguien que no fue el mismo que trazó los planos.

—¡Eh! —exclamó Berry poniéndose en pie con tanta violencia que derribó la silla donde había permanecido sentado.

—No hay ninguna duda aseguró Craig.

—Llamaré al comandante... ahora mismo.

—Y pida mi café —dijo Craig, regresando al despacho del comandante de la base.

Encendió un cigarrillo y cuando apenas había empezado a fumar, el inspector y el comandante de la base penetraron en el despacho como si detrás de ellos corriesen todos los diablos del infierno.

—¿Qué ocurre, Felter? —preguntó el comandante, que estaba intensamente pálido.

—Los planos han sufrido alteraciones y si ahora se construyese un dispositivo de dirección de un proyectil submarino, siguiendo

esos planos que hay sobre la mesa, no saldría nada parecido al dispositivo desaparecido —contestó el agente.

—¿No se ha equivocado usted, Felter? —preguntó el comandante.

—No.

—Lo sospechaba...

—¿Pueden arreglarse los planos, Craig? —preguntó el inspector.

—No lo creo... a no ser que el hombre que los trazó esté en la base.

—Por desgracia, está en el cementerio de Imperial Falls; los hizo el profesor Mortimer Leland —dijo el comandante.

—¿No quedó con vida ninguno de sus ayudantes? —preguntó el agente.

—Todos murieron en las explosiones. Una carga de un potente explosivo destruyó el laboratorio donde se encontraban... y después, el combustible incendiado de las cisternas concluyó la obra de destrucción —explicó el comandante de la base.

—¿Hubo alguien superviviente? —preguntó Craig.

—Jackson Parsons... estaba en el laboratorio, pero salió unos segundos antes de la destrucción del mismo, pero Parsons también ha muerto —contestó el comandante.

—Sí, lo sé —dijo Craig, frotándose el mentón con el dorso de la mano.

—El dispositivo tiene que estar aquí, en la base... oculto en cualquier parte —contestó el comandante.

—No... el dispositivo no está en la base —aseguró Craig con gran firmeza.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó el inspector.

—Porque creo que el responsable de todo lo que pasó aquí hace tres meses, fue Jackson Parsons —fue la desconcertante respuesta que dio el agente especial.

—No tienes pruebas —dijo el inspector.

—Lo sé... y mi trabajo es encontrarlas, pero si empezamos a atar cabos, todo acusa a Parsons, aunque éste se movió con gran habilidad.

El inspector frunció el ceño y después de una corta pausa, dijo:

—Es muy posible que tengas razón.

—¿Podía Parsons llegar hasta los planos? —preguntó Craig al

comandante.

—Sí.

—Por lo tanto, él pudo efectuar los cambios que hay en ellos. Por otra parte, el hombre que lo hizo tenía que disponer de bastante tiempo porque el trabajo está hecho a la perfección y fueron alteradas las partes más importantes, lo que indica que lo hizo un experto en electrónica —siguió diciendo Craig.

—Parsons tuvo los planos en su poder bastante tiempo... pero por orden del profesor Mortimer Leland —dijo el comandante.

—Jackson Parsons es nuestro hombre, inspector —aseguró el agente especial.

CAPÍTULO VII

EL inspector Vincent A. Berry encendió el cigarrillo que tenía en los labios y después de expeler el humo con gran lentitud, dijo:

—Es muy posible que tengas razón, pero Parsons murió y no podrá decir nada... ni en su favor ni en su contra.

—Nada ha salido de la base... nada —murmuró el comandante en jefe de Coronado Sands.

—El dispositivo tuvo que salir, señor, porque si realmente Parsons era el culpable nunca habría presentado la dimisión, abandonando su cargo si el dispositivo se encontraba dentro de la base —dijo Craig.

—Lo encontraremos —aseguró el inspector... aunque tenía muchas dudas.

—Entregaré los planos a los expertos... quizás ellos puedan hacer algo —dijo el comandante.

Cuando éste salió del despacho, Craig sacó la lista de sospechosos que le había entregado el inspector y dijo:

—Creo que ahora esta lista quedará bastante reducida, porque tenemos que buscar a un hombre que tuviese las oportunidades de cambiar el dispositivo, de alterar los planos, de provocar las explosiones, que conociese los puntos débiles del sistema de vigilancia... y que sobreviviese a la matanza.

—Sí... lo más lógico es que el hombre que colocó las cargas, se alejase de los lugares peligrosos.

—Por lo tanto, esta lista en principio solamente queda reducida a diez hombres, ya que los otros murieron en las explosiones —dijo Craig.

—Sí, puedes eliminarlos.

—Ahora tenemos a diez hombres, entre los que se encuentra

Parsons... debemos eliminar a los que no podían llegar hasta los planos ni al proyectil.

—Yo lo haré, Craig, porque he tenido ocasión de interrogar a esos hombres, incluso hablé con Parsons antes de que lo asesinasen —dijo el inspector.

Se inclinó sobre la lista y tachó uno de los nombres de la lista.

Craig permanecía en pie al lado del inspector fumando en silencio y observando como la lista se iba reduciendo a medida que Vincent A. Berry tachaba nombres y más nombres.

—Solamente Jackson Parsons pudo hacer todas las cosas, porque los nueve restantes, aunque podían haber colocado las cargas, no tenían acceso a los planos... y los que podían llegar a éstos, no podían efectuar el cambio del dispositivo. Solamente queda Parsons... y está muerto —dijo por último el inspector.

—Por lo tanto y como los muertos no hablan, tenemos que buscar en la vida de Parsons... y quizás también en su muerte —contestó Craig.

—No tenemos ningún rastro... ni el menor indicio... ¡tendremos que movernos a ciegas! —murmuró el inspector, que no podía ocultar su preocupación.

—Hay que husmear en la residencia de Jackson Parsons... quizás su medio hermano Bruce pueda decirnos algo. Por otra parte, inspector, debe usted hablar en la Oficina Central de Washington para que nos den toda clase de informes sobre el tal Bruce Parsons, porque no podemos dejar nada al azar.

—Tienes razón, pero no obstante, hablaré con el comandante de la base y con los agentes del

F. B. I.,

que se encuentran aquí, para que una vez más busquen el dispositivo de dirección... aunque pierdan el tiempo.

—¿Pidió usted mi café? —preguntó Craig, aplastando la punta del cigarrillo en uno de los ceniceros.

—No... lo siento, Craig debo confesarle que este asunto está acabando con mi paciencia, con mis nervios y con mi salud. Hasta ahora han sido tres meses de penosos esfuerzos... y de constantes errores —contestó Berry, pasándose la mano por la frente como si quisiera aliviarla de sus problemas.

—Pronto terminará todo —aseguró Craig.

—Tú has llegado recientemente y aún estás fresco, pero si llevases tres meses aquí, te ocurriría lo mismo que a todos nosotros; que ya no sabemos ni donde tenemos la mano derecha.

—Es la que se usa para coger la taza de café —dijo alegremente Craig.

—Sí, es cierto... vamos.

Una hora más tarde, Craig volvía a conducir el coche por la amplia carretera que unía la base de Coronado Sands con la población de Imperial Falls.

... Y detrás del agente y del inspector, en la base, un gran número de hombres volvía a recorrer todos los rincones, en busca del dispositivo de dirección del proyectil submarino.

En la mesa del inspector Vincent A. Berry, en su oficina de Imperial Falls, había una gran cantidad de informes llegados desde San Francisco y de Washington.

El agente especial Dexter Morris recibió al inspector, diciéndole a modo de saludo:

—No hemos encontrado nada importante.

—Lo esperaba.

—¿Cómo fue asesinado Prentiss? —preguntó Craig.

—Dinamita, colocada en su coche y que estalló cuando el periodista pisó el pedal. He examinado el automóvil y he podido comprobar que el asesino era un experto —contestó Morris.

—Nos enfrentamos a profesionales —dijo el inspector.

—Shine Prentiss llegó al hotel a las ocho y dos minutos, dejando el coche en la acera opuesta porque no había sitio delante del hotel. Subió a su habitación y se cambió de ropa... y después llegaste tú, Craig.

—Sí y el resto ya lo conocemos —dijo el inspector.

—Por otra parte, Masón fue asesinado a las siete cuarenta, según el informe del forense que practicó la autopsia —siguió diciendo Morris.

—Primero acabaron con Masón y después asesinaron a Prentiss, cerrando así un par de bocas que podían ser peligrosas —comentó el inspector.

—Sobre la mesa tiene usted el informe del Departamento de Balística del

F. B. I.,
en San Francisco —indicó Morris.

—Gracias.

El inspector leyó el informe y después lo entregó a Craig, diciendo:

—El proyectil que acabó con la vida de Jackson Parsons fue disparado por un revólver Nagan, pero no es el mismo que se usó para asesinar a Masón.

—Dos armas de fabricación soviética —murmuró Morris.

—No debemos olvidar que muchos hombres que tomaron parte en la guerra, regresaron con revólveres Nagan, como recuerdo de la contienda, de la misma forma que otros regresaron con pistolas *Parabellum* o con sables de samurái.

—Tienes razón, Craig, pero debes admitir que es mucha casualidad... y no olvides que encontramos otras armas Nagan en la base. Aparecieron en lo que había sido campo de minas y sobre los destrozados cuerpos de los hombres que penetraron a través de la alambrada.

—¿Cuántos revólveres encontraron, inspector? —preguntó Craig.

—Seis... supongo que el tipo que llevaba el Marlin no iba armado con un Nagan.

—¿Se sabe algo de un tal Bruce Parsons? —preguntó Craig.

—No —contestó Morris—. ¿Quién es?

—Hermano de Jackson... y su único heredero —contestó el inspector.

—Y tenemos la seguridad de que Jackson Parsons es el hombre que buscamos... mejor dicho, era —dijo Craig.

—¿Porqué? —preguntó Morris.

Mientras Craig se lo explicaba, el inspector establecía comunicación con Washington pidiendo todos los datos posibles sobre Bruce Richards.

Más tarde, los tres hombres cambiaron nuevas impresiones y el inspector dijo:

—Es muy posible que Parsons fuese asesinado por algo que no tenía ninguna relación con lo ocurrido en la base, aunque él fuese el responsable de todo.

—Existe esta posibilidad, porque según parece, Parsons era un

hombre violento y mujeriego... dos cosas que siempre crean enemigos —comentó Craig.

—Y tenía mucho dinero —añadió Morris.

—¿Has logrado saber algo interesante sobre Parsons? —preguntó el inspector.

—Solamente que tenía mucho dinero —contestó Morris.

Craig consultó la hora y se puso en pie, diciendo:

—Voy a dedicarme a saber las fuentes de ingresos de Jackson Parsons y también el estado de sus finanzas cuando fue asesinado.

—Tenía cuenta en los tres bancos de Imperial Falls, pero no sé las cantidades —indicó Morris— ya sabes que todo lo relacionado con Parsons y Masón lo llevó la policía de esta ciudad y es ahora cuando nosotros vamos a hacer toda clase de comprobaciones.

—Nos veremos más tarde —contestó Craig.

Eran las tres de la tarde y el agente especial tuvo que ir en busca de los directores de los Bancos, los que le dieron todos los datos que él pidió.

Mientras recorría la ciudad, Craig observó que el miedo parecía haber hecho presa en la mayor parte de los habitantes de Imperial Falls.

Resultaba lógico, porque desde hacía tres meses, la Muerte parecía haberse establecido en la región.

A las cinco de la tarde, el agente especial pasó por delante de la tienda de Valerie, que estaba atendiendo a unas mujeres, agitó alegremente la mano en señal de saludo.

Craig, que se había detenido delante del escaparate, le devolvió el saludo y después continuó caminando.

A las siete de la tarde, el agente especial se encontraba nuevamente en el despacho del inspector y éste dijo:

—En la base no han encontrado nada, pero siguen buscando.

—El dispositivo está fuera de Coronado Sands —aseguró Craig.

—¿Cómo pudo salir de la base?... después de las explosiones Coronado Sands quedó dentro de un verdadero círculo de acero. No se buscaba el dispositivo, porque todos creíamos que éste había quedado destruido, pero nada salió de la base... nada —repitió Berry una vez más.

—No debemos olvidar algo muy importante —dijo Craig.

—¿Qué?

—Que Parsons era un hombre inteligente.

—¡Era un traidor! —exclamó Berry, cuya paciencia estaba llegando al límite.

El inspector tenía motivos sobrados para estar furioso, porque las cosas se iban complicando a medida que el tiempo transcurría.

El dispositivo había desaparecido y los planos habían sido alterados, lo que significaba un duro golpe para el prestigio del F. B. I.,

y para la seguridad de la nación.

... Y se habían cometido tres asesinatos más.

—¿Cómo pudo salir el dispositivo? —preguntó otra vez el inspector.

La pregunta se la hacía a sí mismo... y no tenía contestación al menos por el momento.

—¿Han dicho algo desde Washington? —preguntó Craig.

—No... Supongo que hasta mañana a media tarde no sabremos nada referente a Bruce Parsons.

—Mañana por la mañana iré a hacerle una visita —dijo el agente especial.

—Es mejor que hoy mismo hagas algunas preguntas sobre él, porque he oído comentarios sobre el tal Bruce —comentó el inspector.

—¿Qué clase de comentarios? —preguntó Craig.

—Parece ser que el tal Bruce es tan violento como lo fue Jackson Parsons y que no recibe visitas de nadie.

—No podría negarse a recibir la visita de un agente del F. B. I.

—aseguró Craig.

—No te confíes demasiado —aconsejó el inspector.

—Hasta mañana —dijo Craig, dirigiéndose hacia la puerta.

—Un momento... ¿Qué has sabido de los ingresos de Jackson Parsons? —preguntó el inspector.

—Por el momento solamente sé que sus ingresos en las cuentas de los Bancos, eran muy superiores a lo que él cobraba como ayudante de Mortimer Leland... y que no trabajaba en ningún otro lado.

—¿Tenía mucho dinero en los Bancos?

—Cuatrocientos ochenta y siete mil dólares en las tres cuentas.

—¡Hum!

—Hasta mañana, inspector... y mañana me darán una larga relación con las fechas exactas de los ingresos y su procedencia.

—Suerte.

Cuando se quedó solo, el inspector pegó un puñetazo sobre la mesa y exclamó:

—¿Cómo diablos pudo Parsons sacar el dispositivo de la base?

Mientras el inspector y Craig Felter hablaban en la oficina, en el otro extremo de la ciudad, otros dos hombres tenían una larga conversación.

... Y los dos se hacían la misma pregunta que torturaba al inspector.

—¿Cómo pudo Parsons sacar el dispositivo de la base de Coronado Sands?

Uno de los hombres lanzó una furiosa mirada al otro y le dijo:

—Eres un estúpido, Anders, no tenías que haber acabado con Noah Masón, porque ahora no sabemos nada.

—Lo siento, Perkins, pero tuve que hacerlo, Masón dijo que esperaba a los hombres del

F. B. I.

—contestó Anders.

—Pero no le hiciste hablar... murió sin haber dicho nada.

—Dijo que Shine Prentiss sabía la verdad... que el periodista lo sabía todo. En realidad la estupidez la cometiste tú, al hacer volar a Prentiss...

—Tenía que hacerlo, no podía correr más riesgos.

—¿Por qué?

—Un agente del

F. B. I.,

esperaba a Prentiss en el vestíbulo del hotel y el periodista habló con él.

—Quizás Prentiss le dijo lo que sabía.

—Creo que Prentiss no sabía nada.

—Masón dijo...

—Masón te engañó —interrumpió Perkins— te engañó para salvar su pellejo y lograr el dinero que nos pedía.

—Creo que Masón no sabía lo que nos interesa... Podía conocer la identidad del hombre que asesinó a Parsons, pero ignoraba el

lugar donde Parsons escondió el dispositivo —dijo Anders.

—Bien... lo cierto es que no sabemos dónde está el dispositivo y que además, nuestra situación es peligrosa.

—¿Has encontrado algo entre los papeles de Parsons?

—Nada.

—Creo que tiene que estar en la residencia de Parsons... no puede estar en ningún otro lugar —dijo Anders.

—Buscaremos en todas partes... pero debemos encontrar al tipo que asesinó a Parsons, porque él debe saber algo.

—¿Quién pudo matar a Parsons... y por qué? —preguntó Anders.

—No lo sé, pero hay algo que debemos hacer esta misma noche.

—¿De qué se trata?

—Hay que matar a la mujer.

—¿Es necesario? —preguntó Anders.

—Sí... es un peligro para nosotros.

—No podremos hacer el trabajo esta noche. Hay que observar a la mujer y tomar algunas medidas.

—De acuerdo. Tú te encargarás de observar a la mujer esta noche y tomarás las medidas oportunas para acabar con ella mañana.

—¿Dónde pudo esconder Parsons el dispositivo de dirección? —preguntó Anders una vez más.

—No lo sé, ni me importa. Solamente quiero encontrar el dispositivo.

—No será fácil.

—No, no lo será, pero si encontramos al asesino de Parsons, yo mismo me encargaré de hacerlo hablar.

—Quizás la policía tenga alguna pista.

—No lo creo.

—¿Qué piensas hacer, Perkins? —preguntó Anders.

—En primer lugar, despejar el camino y eliminar a las personas que puedan descubrir la verdad... y después, gastar bastante dinero para que los hombres hablen.

—Quizás el asesino de Parsons tenga el dispositivo en su poder y quiere venderlo al mejor postor... quizás espera el momento oportuno de ponerse en comunicación con nosotros.

—Es posible.

—No sabemos si Parsons trabajó sólo en la base, pudo tener un cómplice y éste, para lograr más dinero, asesinó a Parsons y escondió el dispositivo.

—Sí...

—Todo había salido bien, incluso la muerte de los siete hombres que penetraron en la base, pero alguien tuvo que matar a Parsons, creando así una gran cantidad de dificultades.

—No hay que lamentarse más, Anders. Solamente trabajando podremos recobrar el dispositivo.

Perkins y Anders hablaban como si ellos fuesen los verdaderos dueños del dispositivo de dirección... Y su pérdida los enfurecía.

CAPÍTULO VIII

V ALERIE había preparado una excelente cena, porque cerró la tienda a media tarde y se dedicó a lucir sus dotes de cocinera.

Y se sintió satisfecha cuando Craig Felter llamó a la puerta posterior de la vivienda, por la que se podía llegar directamente al piso superior sin pasar por la tienda.

—Sube, Craig, te estaba esperando —dijo Valerie, después de pulsar el botón que abría la puerta.

—Hola —saludó el agente especial, cerrando la puerta al penetrar en el pequeño vestíbulo.

Levantó la cabeza y se quedó sin respiración... Porque al final de la escalera estaba Valerie.

Una hermosa y atractiva Valerie, con el cabello cobrizo cayendo libremente sobre sus hombros.

Pero lo que dejó a Craig sin respiración, no fue el cabello ni la atractiva sonrisa de Valerie.

Fue una cuestión de perspectiva.

Porque Valerie estaba situada a mayor altura que el agente del F. B. I., y además la escalera era bastante empinada.

... Y como Valerie parecía sentir una predilección especial por las faldas reducidas, sus piernas, contempladas desde la parte inferior de la escalera, eran capaces de hacer hervir la sangre a un hombre mucho menos impresionable que Craig.

Y éste siempre se había dejado impresionar e incluso influenciar por unas hermosas y perfectas piernas de mujer.

Y las de Valerie eran una verdadera obra de arte.

—Como las columnas de un templo jónico —murmuró Craig.

—¿Por qué no subes? —preguntó Valerie.

—Podría darte dos razones... pero prefiero subir, aunque salga perdiendo —continuó Craig, empezando a ascender sin ninguna prisa.

Valerie no era tonta y sabía perfectamente el bello espectáculo que sus piernas ofrecían, vistas desde la parte inferior de la escalera.

Ella se limitó a sonreír, pero no se movió.

—He cerrado la tienda muy temprano y he hecho una gran cena —dijo cuándo Craig llegó a su lado.

—Eres una mujer excepcional.

—¿Lo dices por la cena o por las piernas?

—Por todo.

—Puedes sentarte y te serviré un Martini seco.

—Un momento, Valerie... quiero hacerte unas preguntas —dijo el agente, reteniendo a la muchacha por una mano.

—Bien... pero debo recordarte que no me has besado.

Craig la besó suavemente y Valerie lo miró con fijeza, diciendo:

—No eres un hombre muy efusivo.

—Estoy preocupado, Valerie y temo que mis preguntas te harán daño.

—La vida no es camino de rosas, a veces tenemos que sufrir, para que después podamos comprender el gran valor que tiene la felicidad. Puedes hacerme las preguntas que desees.

—¿Crees que Jackson Parsons podía ser un espía?

Craig esperaba una reacción violenta por parte de Valerie, pero ésta no se produjo.

—Debo decirte la verdad, Craig... creo que tío Jackson era capaz de cualquier cosa —contestó ella con gran naturalidad.

—Pero tú sentías un gran afecto por él.

—Sí, Craig, pero se quiere a las personas por ellas mismas y no por lo que son o hacen. Tú podrías haber sido un asesino...

—No lo soy.

—Pero yo me habría enamorado igualmente de ti —siguió diciendo Valerie.

Pasó sus brazos por el cuello del agente especial y lo besó largamente en los labios.

Después y sin romper el abrazo, preguntó:

—¿No piensas abrazarme?

Las manos de Craig se apoyaron en la pronunciada curva de las caderas y Valerie sonrió.

—Escucha, querido, tío Jackson era un hombre muy raro, lleno de amargura y de odio, pero conmigo siempre se comportó de una forma maravillosa.

—¿Por qué estaba amargado?

—Se creía desplazado... consideraba que él valía mucho más que los otros ingenieros y técnicos de Coronado Sands. Detestaba a sus compañeros de trabajo y en diversas ocasiones tuvo peleas con ellos.

—¿A golpes?

—Sí... incluso tuvo un juicio por lesiones.

—Escucha, Valerie, el asunto es muy grave, porque tengo la seguridad de que Jackson sacó un importante dispositivo de la base...

—Y quieres que te ayude.

—Sí.

—No podré hacerlo, Craig, porque ya te he dicho que tío Jackson era un individuo muy raro. Nunca hablaba de sus cosas, solamente maldecía a sus compañeros de trabajo, al Gobierno y a los hombres que según él, no reconocían su gran valía.

—¿Tenía amigos?

—No...

—Tu padre fue amigo de él.

—Sí, pero en aquella época tío Jackson era muy diferente. Creo que después de la muerte de mi padre, no tuvo ningún amigo más y más tarde, cuando empezó a creer que lo desplazaban, se alejó de todos y solamente admitía mi compañía, aunque no muy a manudo. Debo admitir que era un hombre desagradable...

—Quizás el mismo odio lo empujó a cometer grandes errores y los pagó con su vida —comentó Craig.

—Esta tarde he ido a la residencia de tío Jackson...

—¿Para qué?

—Había algunas cosas mías y quise recogerlas. Eran libros y un par de jarrones... bien, me recibió una especie de gorila con corbata, que no me dejó entrar en la residencia.

—¿Bruce Parsons? —preguntó Craig.

—No llegué a verlo. El individuo que me atendió no me dejó

pasar de la verja del jardín. Él fue en busca de mis cosas y me las entregó sin pronunciar una sola palabra. Tuve la sensación de que me estaba echando.

—Mañana iré hablar con Bruce.

—Debe ser un tipo muy raro.

Craig decidió olvidarse de sus preocupaciones profesionales para prestar toda la atención que se merecía una mujer como Valerie.

Aquella noche, cuando se despidió de Valerie, ella le susurró al oído.

—Te espero mañana.

Y Craig asintió en silencio, volviendo a besar los rojos y húmedos labios de la mujer una vez más.

Eran exactamente las once de la mañana cuando el agente especial del

F. B. I.,

Craig Felter detuvo su coche delante de la puerta de la residencia de Bruce Parsons.

Todo estaba en calma y aquél parecía uno de los lugares más tranquilos y apacibles de la tierra.

Una sólida verja rodeaba toda la residencia y al lado de la puerta metálica había un timbre.

Craig, después de descender del coche, se acercó a la puerta y lanzó una mirada al amplio jardín.

—A Jackson le debió costar una fortuna esta residencia... y creo saber de dónde procedían los grandes ingresos de Parsons... —murmuró Craig, mientras trataba de descubrir algo en el jardín.

Pero una cerrada barrera de elevados árboles le impedía ver la totalidad del jardín y la residencia.

De ésta solamente podía ver el techo.

No había perros y Craig, después de examinar la reducida parte del jardín que tenía ante él, apretó el timbre y esperó, aunque hasta él no llegó ningún sonido.

—El timbre debe sonar dentro de la casa... —pensó.

Poco después, los pasos de un hombre hicieron crujir la grava del sendero.

Craig esperaba y no tardó en ver a un hombre que sobrepasaba los seis pies de estatura, de hombros anchos, cuello corto y

facciones toscas y casi brutales.

Aquel individuo pisaba con fuerza y la grava crujía bajo sus zapatos de deporte.

—El gorila que echó a Valerie... Pero ahora no usa corbata —pensó Craig.

El hombre abrió la puerta y se colocó de forma que Craig no pudiese entrar.

—¿Qué busca Vd.? —preguntó aquella especie de perro de presa, sin demostrar demasiados buenos modales.

—Quiero hablar con Bruce Parsons.

—Míster Parsons no recibe visitas.

—Es un asunto bastante importante, relacionado con la muerte de Jackson Parsons —insistió Craig.

—No nos interesa nada lo referente a Jackson Parsons... y míster Bruce Parsons no quiere que se le moleste —dijo el hombre, cerrando la puerta.

Craig adelantó el pie izquierdo impidiendo así que el individuo cerrase por completo.

—Dígale a Bruce Parsons que el

F. B. I.,

quiere hablar con él —dijo secamente el agente especial.

—¡Largo de aquí...! ¡Ésta es una propiedad privada y nadie tiene derecho a entrar en ella! —exclamó furiosamente el individuo, abriendo nuevamente la puerta por completo.

Craig adivinó lo que iba a pasar... y se preparó para ello.

El gorila sin corbata se lanzó hacia adelante, con los brazos extendidos y con el propósito de golpear a Craig.

Pero éste no estaba dispuesto a dejarse atrapar por aquel salvaje con zapatos de deporte y cuando las manos del individuo estaban cerca de su cuello, eludió la tenaza y su mano derecha se lanzó con gran rapidez.

Descargó un seco golpe con el canto de la mano sobre la nariz de su enemigo.

... Y fue suficiente aquel golpe para que el individuo cayese al suelo.

—Has tenido suerte, grandullón, porque si te llego a pegar en el cuello, ahora estarías muerto... y bien muerto —dijo Craig en voz alta.

Pasó por encima del inconsciente perro de presa y con toda tranquilidad penetró en el jardín.

Caminó por el sendero, sintiendo cómo la fina grava crujía bajo sus zapatos.

... Y bruscamente, los árboles se abrieron y pudo ver la elegante y amplia mansión del difunto Jackson Parsons.

También pudo ver la piscina... y a una mujer morena, de largas piernas, muslos llenos y que tomaba el sol tendida sobre una tumbona de lona.

Llevaba solamente un «bikini» de dimensiones muy reducidas, que permitía ver el agradable tono bronceado de su piel.

—¿Quién era, Peter? —preguntó sin abrir los ojos.

Su voz era suave y agradable.

—No soy Peter, señorita —contestó Craig, que había llegado hasta muy cerca de la tendida mujer.

Ésta, al oír la voz que no conocía, abrió los ojos y se puso en pie con gran rapidez, mostrando toda la perfección de su alta y bien proporcionada silueta.

—¿Quién es usted? —preguntó, mientras sus ojos oscuros estudiaban a Craig.

—Un agente del

F. B. I.,

que desea hablar con Bruce Parsons —contestó Craig.

—Bruce no se encuentra aquí, agente...

—Craig Felter, señorita... ¿O debo llamarla señora?

—Señorita... mi nombre es Linda Matthew.

—¿Cuándo regresará míster Parsons?

—Este atardecer.

—Bien, gracias, señorita Matthew, volveré más tarde.

—¿Qué ha hecho Vd., de Peter?

—Está descansando —contestó Craig.

—Lo suponía... porque Vd., parece ser uno de esos hombres que no se detienen ante nada.

—Volveré al atardecer.

—Es mejor que lo haga mañana por la mañana, porque no es muy seguro que Bruce esté aquí... no obstante, si Vd., desea hacerme compañía, puede quedarse o regresar más tarde.

—Su compañía debe ser muy agradable, señorita, pero a pesar

mío, no puedo quedarme... y me duele mucho dejarla sola.

Peter apareció en el sendero. Su paso no era muy seguro y una mirada de odio brillaba en sus ojos.

Al ver a Craig dejó escapar un gruñido y se lanzó hacia el agente, pero un seco ademán de Linda lo detuvo bruscamente.

—Basta, Peter —ordenó la escultural morena.

—Gracias, señorita... y siguiendo el consejo de Vd., regresaré mañana a esta misma hora y espero que tendré más facilidades para llegar hasta aquí.

—Será Vd., bienvenido, Craig —susurró ella, sacudiendo sus largos cabellos negros.

Craig sonrió y después de pasar por el lado de Peter, siguió caminando por el sendero de grava.

Cuando puso su coche en marcha, murmuró:

—Volveré antes de mañana por la mañana, monada... quizás esta misma noche.

Se alejó de la residencia de Parsons y empezó a tararear una canción.

Craig sabía que la impresionante morena había mentido, porque Bruce Parsons estaba en la residencia del asesinado Jackson Parsons.

Mientras él hablaba con Linda Matthew, un hombre lo había estado observando desde el interior de la vivienda.

Craig siguió el juego que marcaba la estupenda morena de ojos oscuros... porque el agente especial del

F. B. I.,

esperaba que Bruce Parsons acabase por mostrar su juego.

Nadie había visto a Bruce desde que llegó a Imperial Falls y nadie podía llegar hasta él.

—Algo raro ocurre con Bruce Parsons —pensó el agente.

A media tarde llegó un largo informe procedente de Washington y Craig lo leyó con gran atención.

—¿Qué opinas? —preguntó el inspector, que ya había leído y estudiado el informe.

—Que hay algo que no encaja. Según este informe, Bruce Parsons es un hombre agradable, amigo de ayudar a todo el mundo, que hace grandes limosnas sin publicidad... y el Bruce Parsons que está aquí es todo lo contrario. Incluso tiene un perro de presa que

ha recibido la orden de emplear la violencia... parece que el Bruce de Imperial Falls no es el mismo de Hong Kong.

—Y piensas que en realidad es otro hombre.

—Sí... y esta noche, después de las doce, pienso acercarme a la residencia para ver lo que descubro.

—Te recuerdo que si Bruce Parsons te mata dentro de su residencia o del jardín, la ley estará de su parte.

—Tendré cuidado.

—Yo estaré aquí hasta las tres de la madrugada... y debo decirte que en la base no han encontrado nada.

—Lo esperaba... porque el dispositivo está fuera de Coronado Sands —aseguró Craig.

—Espero que lo encuentres pronto.

—Quizás esta misma noche... en la residencia de Parsons.

—Cuidado, Craig... debes tener mucho cuidado, porque no tienes ninguna orden judicial para entrar en la residencia.

—Solamente voy a mirar —contestó Craig sonriendo.

—Cuidado —dijo el inspector una vez más.

—Iré a cenar en compañía de una buena amiga mía y alrededor de las doce la dejaré para hacer mi visita nocturna a Bruce Parsons.

Eran las diez de la noche y la tienda de Valerie aún no había cerrado.

Las cosas se le habían complicado a la hermosa mujer, porque cuando ya iba a cerrar, entraron varias mujeres y como la venta iba a ser importante, Valerie las atendió.

—Bien... esta noche cenaremos fiambres, queso y abriré unas latas —dijo Valerie, cuando se quedó a solas con Craig.

—Te invito a cenar... supongo que en algún restaurante nos servirán y...

—Podemos ir a casa de una amiga mía. Ella es una gran cocinera y los precios no son caros.

—Vamos.

Salieron de la tienda... y Craig, que parecía poseer un sentido especial para descubrir la proximidad del peligro, se fijó en un coche negro, detenido cerca de la tienda.

... Y cuando el automóvil se puso en marcha sin encender las luces, la mano derecha del agente del

F. B. I.,
empuñó la potente «Mágunum 357».

Empujó a Valerie en el mismo momento que el conductor del coche empezaba a disparar.

Craig hizo cuatro disparos con gran rapidez y vio cómo el potente automóvil perdía el control e iba a hundir el morro en el tronco de un árbol.

—¿Estás bien? —preguntó Craig.

—Sí...

Con la pistola en la mano derecha, el agente se acercó al coche y examinó el rostro del conductor.

Estaba muerto, porque uno de los proyectiles disparados por Craig le había atravesado la cabeza.

—El gorila con corbata —susurró Valerie, que se había apoyado en el brazo de Craig.

—Peter... el perro guardián de Bruce Parsons.

—Quería matarme...

—Sí, Valerie...

—¿Por qué?

—Porque creo que el hombre que está en la residencia de Jackson Parsons, no es el verdadero Bruce... y teme que tú puedas descubrir la verdad.

—¡Pero yo no conozco a Bruce!

—Pero el falso Bruce Parsons no lo sabe... ¿Aún tienes hambre?

—No.

—Vamos a la tienda tengo que llamar al inspector.

La muerte de Peter iba a facilitar las cosas, porque el agente del F. B. I.,
no iba a tener muchas dificultades para entrar en la residencia de Jackson Parsons.

CAPÍTULO IX

CRAIG Felter se dejó caer y sus zapatos se hundieron en la tierra.

—Bien... ya estoy dentro... pero ahora debo acercarme a la vivienda —murmuró, apartándose del muro que rodeaba la mayor parte de la residencia de Parsons.

El agente del

F. B. I.,

había escalado el muro por la parte opuesta a la entrada principal.

Después de recorrer unas yardas, Craig comprobó que el jardín estaba lleno de hoyos, como si alguien hubiese estado cavando y tratando de encontrar algo.

—Han buscado el dispositivo... lo que demuestra que sigo el camino adecuado —pensó mientras se dirigía hacia la iluminada vivienda.

Llegó hasta una de las grandes ventanas sin haber tropezado con nadie.

Con grandes precauciones lanzó una mirada al interior y descubrió a la bella morena, que hablaba con un hombre alto y fuerte, de cabellos castaños y mirada dura.

—Peter tarda demasiado —decía Linda.

—Tenía que esperar el momento oportuno y...

Craig creyó oír un pequeño roce a su derecha y aunque reaccionó con rapidez, el golpe lo alcanzó antes de que pudiese defenderse.

—Perkins... acabo de tumbar al tipo del

F. B. I.

—dijo Anders, guardándose la pistola con la que terminaba de asestar un culatazo en la nuca de Craig.

—Buen trabajo... —contestó Perkins, saltando a través de la ventana.

Se reunió con Anders y éste preguntó.

—¿Qué hacemos con él?

—Atarlo y más tarde, cuando regrese Peter, él se encargará de degollarlo y enterrarlo en alguno de los muchos agujeros que hemos abierto en el jardín.

—Quizás no esté solo.

—Si vienen otros, seguirán el mismo camino, pero creo que este tipo es el que se encarga de investigar el asunto de Jackson Parsons. Tendremos que darnos prisa y recuperar el dispositivo antes de que caigan todos sobre esta residencia.

Cuando Craig recobró el conocimiento se encontró atado de pies y manos, con una mordaza en la boca y tumbado en un rincón del amplio salón de la residencia.

—Hola, agente —saludó Linda, que permanecía sentada cerca de Craig.

La hermosa morena tenía las piernas cruzadas y balanceaba uno de sus pies.

La punta del zapato rozaba el hombro de Craig.

Éste emitió un gruñido y ladeó la cabeza, lo que le permitió ver a dos hombres que estaban en pie, al lado de una de las grandes ventanas.

—Bruce Parsons... —pensó Craig.

—Perkins —llamó Linda—... nuestro amigo ha recuperado el conocimiento.

—Gracias... observa si regresa Peter, Anders.

Perkins... Anders... Linda... tres nombres que podían ser tan falsos como el de Bruce Parsons.

Craig mantenía los ojos abiertos, tratando de ver todo lo que había a su alrededor.

Pensó que no había seguido las advertencias del inspector y que estaba atrapado.

Aquel par de tipos y la mujer no se detendrían ante un nuevo asesinato.

Perkins se acercó a Craig y le lanzó una divertida mirada, diciendo.

—Cuando regrese Peter, te mandará al infierno... y como tenías

mucho interés en hablar con Bruce Parsons, es posible que lo encuentres allí.

Craig emitió otro gruñido, porque era lo único que podía hacer mientras la mordaza le cerrase la boca.

—Bruce fue asesinado... y ese tal Perkins ocupó su lugar —pensó.

—¿Hay más agentes del
F. B. I.,

por los alrededores? —preguntó Linda.

—No... hemos encontrado el coche de Felter y no había nadie. Creo que nos dejarán tranquilos —contestó Perkins, dando la espalda a Craig.

—Deberíamos huir... ahora que podemos —dijo Linda.

—Yo diré cuándo hay que marcharse —contestó secamente Perkins.

—Peter no regresa... quizás tendría que acercarme al centro de la población para saber si le ha ocurrido algo —dijo Anders, que igual que Linda empezaba a dar señales de nerviosismo.

Linda, por su parte, no dejaba de balancear la pierna derecha y a cada movimiento mostraba sus muslos desnudos.

Pero Craig estaba demasiado preocupado para prestar atención a los encantos de la hermosa morena.

Para el agente, las cosas empezaban a estar claras.

Aquellos hombres y Linda eran los asesinos de Masón y de Prentiss.

La mujer era la que se había encargado de distraer al empleado de los ojos saltones.

Una peluca rubia había sido suficiente para cambiar su aspecto.

Uno de los hombres había torturado a Masón y después acabó con él de un par de balazos.

... Y el otro debió encargarse de volar el coche de Shine Prentiss.

—Si lográsemos encontrar al asesino de Parsons, tendríamos el dispositivo... —comentó Perkins, como si hablase para él mismo.

—Debemos salir de aquí... las cosas se están complicando demasiado —dijo Anders, que se restregaba las manos en las perneras del pantalón.

Anders sudaba.

... Y la pierna de Linda continuaba oscilando sin descanso.

Craig vio un reloj sobre un estante y observó que solamente eran las doce y cuarenta minutos.

—Estamos en un callejón sin salida... la muerte de Parsons complicó las cosas, Perkins... debemos salir de aquí y regresar a la hacienda de América del Sur —dijo Anders.

—¡Calla! —ordenó secamente Perkins.

Anders miró angustiosamente a Linda, como si esperase que ella lo ayudase a convencer a Perkins.

Pero Linda parecía temer mucho a Perkins, porque a pesar del miedo y del nerviosismo, no pronunció ninguna palabra.

—Me gustaría saber quién asesinó a Parsons... el maldito lo estropeó todo... —dijo Perkins.

Craig, desde el suelo, descubrió a un hombre que terminaba de aparecer en el otro extremo del salón.

... Y aquel hombre tenía un revolver en la mano derecha.

¡Un «Nagan» del calibre 38!

Perkins y Anders no podían ver al recién llegado, porque ambos estaban de espaldas.

Por su parte, Linda tampoco lo podía ver porque ella mantenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Craig adivinó que aquel individuo era el que había asesinado a Jackson Parsons.

... Y no se equivocó.

—Yo maté a Parsons, Perkins... o cómo diablos te llames —dijo el recién llegado, después de avanzar silenciosamente media docena de pasos.

Perkins y Anders giraron sobre sus pies con gran rapidez y Linda dejó escapar un gemido de terror... y su pierna dejó de oscilar.

—¡Joe! —exclamó Perkins.

—Mi verdadero nombre es Edson Rainer... tú lo sabes muy bien, Perkins. «Joe» es el nombre que tú me diste en tu hacienda de aquel país de América del Sur.

—¿Qué haces aquí? —preguntó estúpidamente Perkins, que hasta aquel momento había creído que Joe había muerto.

—He venido para saldar una pequeña cuenta... el cobarde asesinato de mis seis compañeros de aventura.

—Creo que estás equivocado... yo estoy aquí para ayudarte. Pensé que habría sobrevivientes y...

—Pierdes el tiempo, Perkins. Jackson Parsons era un cobarde y habló antes de morir. Todo fue planeado a la perfección, para que ninguno de nosotros sobreviviese y si estás aquí, es porque quieres recobrar el dispositivo que Parsons sacó de la base...

—¿Sabes dónde está? —preguntó ansiosamente Perkins, que se había colocado al lado de Anders.

Éste no era un hombre valiente y el miedo contraía sus facciones.

—Sí... lo sé, porque Parsons habló. Antes de morir me dijo que él había colocado las cargas en los depósitos... y que también había cambiado la cinta que Dan había tendido en el campo de minas...

—¡No soy responsable de lo que hizo Parsons!

—Mis seis amigos y yo estábamos condenados a muerte... nosotros éramos el cebo... la carnada... y para que no pudiésemos hablar, teníamos que volar en el campo de minas... pero yo pude salvarme, porque una de las explosiones me lanzó fuera del campo minado... y tuve la suerte de cruzar la alambrada electrificada...

—¡Parsons era el jefe... él daba las órdenes! —chilló Perkins apoyándose en Anders, que no era capaz de pronunciar ninguna palabra.

—Fui al lugar donde tenían que estar los coches... y no había nadie... comprendí lo qué había ocurrido y decidí acabar con todos vosotros, porque nadie se ha burlado de Edson Rainer... o de Joe, como prefieras.

—Escucha, Joe... puedo darte mucho dinero... mis amigos pagarán una gran fortuna por el dispositivo...

—No, Perkins; no hay trato. Escucha... pude regresar a Imperial Falls y me dediqué a vigilar la casa donde nos alojamos mis compañeros y yo... pensé que el tipo que me había llamado por teléfono, regresaría para saber si había quedado algún rastro nuestro... y no me equivoqué.

Craig escuchaba con gran interés... y sabía que Joe acabaría con Perkins, Anders y Linda.

... Y también con él, porque después de tres nuevos asesinatos, a Joe no le interesaría que quedase con vida un testigo.

—Parsons fue a la vivienda... y yo lo seguí. Más tarde, entré en esta residencia y él y yo tuvimos una larga conversación... habló y habló... y lo maté... Masón estaba oculto aquí y oyó parte de la

conversación... y tú lo mataste.

—Fue un error... él quería dinero por mantener la boca cerrada...

Joe siguió hablando, sin prestar atención al comentario de Perkins.

—Y él me dijo que tú vendrías para recoger el dispositivo y esperé. Ahora ha llegado la hora de ajustar cuentas, Perkins.

—No dispares... escucha... tengo mucho dinero... puedo entregarte doscientos mil dólares ahora mismo...

Craig, desde el suelo vio cómo la mano derecha de Linda se introducía entre los almohadones del sofá... y adivinó lo que iba a pasar.

—No quiero dinero, Perkins... quiero tu pellejo. Tengo bastante dinero, porque poseo el de mis compañeros asesinados y también el que me diste, pero después de matarte, me quedaré con todo lo que haya en esta casa...

—¡Dispara! —chilló bruscamente Perkins, lanzando a Anders contra Joe, mientras Linda empuñaba un revólver.

Joe disparó... y el proyectil del «Nagan» se alojó en la frente de Anders, que se desplomó sin haber podido lanzar un gemido.

Pero también Linda había disparado y el plomo se alojó en el pecho de Joe.

Éste apretó el gatillo por segunda vez y el rostro de Perkins se convirtió en una gran mancha roja.

Joe, se apoyó en la pared y sonriendo burlonamente, apretó el gatillo tres veces consecutivas...

Y entre los voluminosos senos de Linda aparecieron tres manchas rojas.

... Y la hermosa morena quedó acurrucada sobre el sofá, como una gata que tuviese frío.

El frío de la muerte.

—Ahora... las cosas... están bien —murmuró Joe, mientras el «Nagan» se escurría de su mano y caía sobre el suelo.

Joe, con la espalda apoyada en la pared, fue resbalando lentamente, hasta quedar sentado en el suelo, en cuyos ojos ya no había brillo, dijo:

—Has tenido suerte... porque si no me llegan a alcanzar... tendría que haberte matado...

Craig trató de decir algo, pero la mordaza estaba muy apretada y no pudo librarse de ella.

—No tardarán... en llegar... los disparos deben haber... alarmado... a mucha gente... llegará la policía...

Craig emitió otro gruñido.

—Sí... sé lo que quieres... y te lo diré... Parsons sacó el dispositivo... lo sacó al día siguiente de las explosiones... y le rindieron honores militares... fue una gran broma...

Joe se inclinó hacia adelante y se desplomó.

Había muerto.

Craig se arrastró hacia el centro del salón y trató de librarse de las cuerdas que lo inmovilizaban.

Pero cuando aún luchaba con ellas, un grupo de hombres penetró en el salón.

... Y al frente de ellos iban el inspector Berry y el agente Dexter Morris.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el inspector.

—No podrá contestarle si no le quitamos la mordaza —contestó Morris, que se había arrodillado al lado de Craig.

—¡Diablos, es cierto!

Cuando Morris le quitó la mordaza, Craig dijo:

—Tratad de salvar la vida a ese hombre... él mató a Parsons y puede ser una gran ayuda para nosotros.

—Está muerto... todos están muertos —contestó un policía de uniforme que se había inclinado sobre los cuerpos tendidos en el suelo.

—¿Has logrado descubrir algo? —preguntó el inspector.

—Parsons sacó el dispositivo de la base... y lo hizo al día siguiente de las explosiones.

—¿Cómo?... nada salió de la base.

—Sí, inspector... salieron treinta y nueve ataúdes y Vd., mismo me dijo que Parsons no se había separado de ellos durante toda la noche.

—¡No es posible!

—Lo es... lo que no me dijo Joe es el nombre de la tumba... pero habrá que buscarla.

—Necesitaré una orden del juez y...

—Puede pedirla por teléfono.

—Voy a hacerlo.

Mientras el inspector usaba el teléfono, Craig preguntó a Morris.

—¿Cómo habéis llegado tan pronto?

—Avisaron a la policía... y yo estaba allí.

—Bien... creo que este asunto ha terminado.

—Te has librado por casualidad.

—Siempre ocurre así... afortunadamente.

Craig saludó con la mano y abandonó la residencia de Jackson Parsons.

Respiró profundamente al cruzar el jardín y media hora más tarde, dormía profundamente en la cama del hotel.

—Por fortuna, un empleado de la base recordó haber visto a Parsons cerca del ataúd de Mortimer Leland... y allí hemos encontrado el dispositivo —dijo el inspector.

—Fue una broma de mal gusto... una venganza sin sentido... una burla —comentó Craig.

—Sí... Parsons era un tipo lleno de odio y de rencor —dijo el inspector.

—Todo habría salido a la perfección si el tal Edson Rainer no hubiese escapado a la matanza —contestó Craig.

—Rainer era un asesino profesional... pero la traición de que fueron objeto, lo enloqueció y decidió matar gratis... y lo logró.

—¿Puedo irme, inspector? —preguntó Craig.

—Sí... pero no te vayas muy lejos, porque hay que hacer un montón de informes.

—De acuerdo.

—Y tendrás que ayudarme a montar un dispositivo de seguridad en la base... pero que sea completamente seguro.

—¿Puedo disponer de un día de descanso?

—¿Para qué?

—Para ir a tomar un baño de mar... en compañía de una hermosa mujer.

—Bien... tienes derecho a un poco de distracción. Puedes largarte.

Craig salió del despacho del inspector y corrió en busca de Valerie.

La encontró en la tienda y la arrastró hacia el coche, mientras decía.

—Hoy hace un día excelente para bañarse en el mar.

—No tenemos comida... espera... no tengo el «bikini»...

—Coge uno de la tienda... y después nos iremos hacia la costa y buscaremos un lugar tranquilo y alejado... para que nadie nos moleste.

Valerie se dio prisa en recoger un «bikini» y poco después, el coche iba hacia la costa.

—Frena... y para el motor —pidió Valerie, cuando estaban a unas diez millas de Imperial Falls.

Craig obedeció.

—Bésame.

... Y Craig volvió a obedecer.

—Puedes reanudar la marcha —dijo Valerie, después de un largo beso.

Pero Craig no obedeció.

... Y volvió a besar los labios de Valerie.

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145- USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

12
Ptas.

